

**Anécdotas desde la libertad:
vivencias de policías y militares exsecuestrados**

Por:

Juan Sebastián Gómez Aparicio

Juan Camilo Ortiz Villa

Formato: proyecto creativo de carácter escrito

Dirigido por:

Mauricio Díaz Calderón

Comunicador social y periodista, Magíster en Estudios Culturales

Universidad de La Sabana

Facultad de Comunicación

Comunicación Social y Periodismo

Chía, Cundinamarca

2019

Resumen

Colombia ha sido testigo de un conflicto armado de más de 40 años. El Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) se enfrentaron sistemáticamente desde 1965 hasta el 26 de septiembre de 2016. Durante este periodo se perpetraron diferentes tipos de violaciones a los derechos humanos, como el secuestro por parte del grupo armado al margen de la ley. Esta práctica, con la que se retenía a una persona en contra de su voluntad para obtener algún tipo de beneficio, estuvo condicionada por el contexto del conflicto armado y la estrategia militar de ambos bandos.

La Fuerza Pública fue una de las partes de la población colombiana más afectadas por este tipo de retenciones. Este trabajo periodístico busca construir memoria sobre este fenómeno, partiendo de las vivencias de militares y policías sobrevivientes. De esta forma, se relatan las experiencias del día en que fueron secuestrados, el impacto de perder la libertad, el día a día en medio de la selva y el final del cautiverio.

Abstract

Colombia has been the scene of an armed conflict for more than 40 years. The national State and the Fuerzas Armadas Revolucionarias de de Colombia (Farc) were against each other in a systematic confrontation that took place between 1965 and September 26, 2016. During this period, different kinds of violations to human rights were perpetrated, such as kidnapping, which was executed by the Farc. This practice, that consisted in depriving people from their freedom to obtain benefits in return, was conditioned by the context surrounding the armed conflict and the military strategies of each side.

The Public Forces was one part of the colombian population that was most affected by this kind of seizure. This journalistic work attempts to build memory about this phenomenon, based on the events lived by soldiers and police officers that survived the kidnapping. Thus, the experiences of the day when they were kidnapped, the impact of losing their freedom, the everyday life in the jungle and the end of captivity are told.

Índice

Introducción.....	4
Contexto.....	7
La Fuerza Pública como moneda de cambio.....	7
El pulso entre las Farc y el gobierno en los 90s.....	9
Capítulo I: tomas guerrilleras y secuestro.....	13
El Billar.....	13
Miraflores.....	14
La Uribe.....	16
Mitú.....	17
Capítulo II: el impacto de perder la libertad.....	19
Capítulo III: la rutina del cautiverio.....	23
Zona de Distensión.....	23
El cautiverio de los cuadros.....	29
Capítulo IV: el paso a la libertad.....	33
Operación Jaque.....	34
Operación Camaleón.....	36
Los últimos liberados.....	39
La vida en libertad.....	42
Referencias.....	44

Introducción

Los acontecimientos sucedidos en el marco del conflicto armado entre el gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) deben salir a la luz para que haya justicia. Por eso se necesita un órgano esclarecedor de los hechos para el funcionamiento de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), que permita recordar los crímenes de este periodo, con el propósito de no repetirlos jamás. En términos generales, esta fue la conclusión de la presentación de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (CEV), realizada el año pasado.

Este ejercicio de construcción de memoria, aunque pueda ser doloroso, es necesario. Wilson López (2016), investigador de la Universidad Javeriana, explica que los efectos positivos de realizar este recuento abundan: “la memoria histórica se puede convertir en un recurso de no repetición, de transformación para quienes han sufrido y el dolor de los sobrevivientes cobra sentido social y permite reconstruir y reparar algo del daño que se ha generado” (p.23). Igualmente, el investigador establece que la revictimización ocurre cuando estos sucesos se dejan de lado y “hace difuso el compromiso de la sociedad contra el uso de la violencia como recurso de gestión de los conflictos” (p.24).

Eso es lo que buscamos hacer desde el periodismo con este trabajo. Escogimos como tema los secuestros de miembros de la Fuerza Pública por parte de las Farc porque es uno de los tantos crímenes efectuados entre bando y bando. Y que sea uno de tantos no lo hace menos importante. Llegamos a este tema en específico porque uno de los estudiantes que integramos este grupo conoció a algunos de los exsecuestrados durante su práctica profesional en El Tiempo. Estando en ese medio no pudo contar todo lo que ellos tenían que decir.

Inicialmente, nos planteamos contar la historia de dos o tres de ellos. Identificamos que el final de la década de los años 90 es una pieza imprescindible de todo el fenómeno del secuestro, ya que en esa época se presentaron secuestros masivos de policías y militares, producto de las tomas guerrilleras que las Farc llevaron a cabo, en uno de los momentos en que contaron con mayor poderío. Nos concentramos, entonces, en los miembros de la Fuerza Pública secuestrados en 1998 y 1999 durante esos ataques.

Para encontrar a los personajes indicados dentro de los más de 400 hombres que pasaron por esta situación, hablamos con 11 de ellos. Sin embargo, al finalizar esa serie de entrevistas, nos dimos cuenta de que todos tenían algo que decir, que todos ellos debían estar incluidos en nuestro trabajo. Por eso, escribimos un único relato que abarcara sus vivencias, tanto de aquellas que todos vivieron como las que ocurrieron en casos particulares. Dentro de sus testimonios encontramos cuatro ejes principales, discriminados de forma cronológica, que decidimos abarcar en el mismo número de capítulos. De esta forma, hablamos sobre el secuestro, el impacto de perder la libertad, el día a día bajo la custodia de los guerrilleros y el final del

cautiverio. En el cuarto apartado, abarcamos los últimos días en manos de las Farc, los episodios de liberación y la vida en libertad.

Para la realización de las entrevistas, tuvimos en cuenta las pautas del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2009) para el ejercicio de la construcción de memoria: “el entrevistador o la entrevistadora busca crear un ambiente humano y de respeto que permita al entrevistado o a la entrevistada dar testimonio con su propia voz” (p.100). Con esto en mente, procuramos encontrarnos con los personajes de manera presencial, pero esto no fue posible con quienes habitan en otras ciudades. Por lo tanto, una parte de las entrevistas se llevó a cabo por teléfono.

Complementamos la recolección de los testimonios con una pesquisa bibliográfica y hemerográfica. Una vez reunida toda la información, identificamos que el género periodístico mediante el cual se expresaría mejor la historia de los exsecuestrados era la crónica. A partir de los diferentes módulos de redacción a los que asistimos durante nuestros ocho semestres de clases magistrales, entendimos que para proyectar sus palabras necesitábamos construir un texto que tratara de pleno sus vivencias, para así dar cuenta de cómo vivieron ellos el cautiverio y no limitarnos a los hechos históricos.

También basamos esta decisión en las palabras de cronistas reconocidos acerca de la crónica. Juan Villoro (2006), cronista mexicano, señala en una de sus disertaciones sobre este género periodístico que “el intento de darles voz a los demás -estímulo cardinal de la crónica- es un ejercicio de aproximaciones. Imposible suplantar sin pérdida a quien vivió la experiencia”.

Por otra parte, el planteamiento del cronista argentino Martín Caparrós da cuenta de por qué es preferible de usar este tipo de texto narrativo.

“Hay otra diferencia fuerte entre la prosa informativa y la prosa crónica: una sintetiza lo que (se supone) sucedió; la otra lo pone en escena. Lo sitúa, lo ambienta, lo piensa, lo narra con detalles: contra la delgadez de la prosa fotocopia, el espesor de un buen relato. No decirle al lector esto es así; mostrarlo. Permitirle al lector que reaccione, no explicarle cómo debería reaccionar”. (Caparrós, 2012, p.611-612).

Aun así, nos pareció pertinente escribir una pieza sobre el contexto para complementar la comprensión de las crónicas. Para ello, llevamos a cabo una investigación bibliográfica para poner de manifiesto por qué sucedían los secuestros de miembros de la Fuerza Pública, cómo abordó cada gobierno esta problemática, en qué momento se encontraban las Farc al realizar las tomas, entre otros aspectos. En términos generales, es una descripción sobre lo que estaba sucediendo por fuera del cautiverio, mientras que la crónica narra lo que ocurrió por dentro.

Con estos dos textos creemos lograr un relato completo sobre el secuestro de los policías y militares. Tratamos con miembros de la Fuerza Pública de menor y mayor rango, que fueron capturados en diferentes tomas guerrilleras y liberados en modalidades diversas (estrategia de engaño, liberación unilateral, enfrentamiento).

A continuación, damos paso a este relato con las palabras de Raimundo Malagón, uno de los personajes: “me gusta contar esto a manera de resiliencia, de catarsis. El poder yo expresar esto al mundo exterior y saber que estoy haciendo un aporte de memoria histórica para la sociedad y las nuevas generaciones me satisface”.

Contexto

La Fuerza Pública como moneda de cambio

El término secuestro no existe en el Derecho Internacional Humanitario, pero se encuentran algunos homólogos que lo abarcan. Según el artículo 5 del Protocolo II Adicional de los Convenios de Ginebra de 1949, se utiliza el concepto de 'persona detenida a razón del conflicto' cuando son miembros de alguna de las partes o rehén en el resto de los casos.

Estas normas no prohíben que uno de los bandos detenga a los miembros de su contraparte cuando no pueden mantener su rol de combatiente, aunque aclara que todas las personas que han sido privadas de su libertad en estos términos en medio de algún conflicto armado deben ser tratadas con humanidad en cualquier circunstancia. Por otro lado, el artículo 3 manifiesta que la toma de rehenes constituye un crimen de guerra y una práctica prohibida, que consiste en la aprehensión, amenazas de muerte, dañar o prolongar la detención para beneficiarse con alguna condición explícita o implícita de un tercero a cambio de liberar o garantizar el bienestar del rehén.

En Colombia existen dos categorías para enmarcar el secuestro. Según el Código Penal Colombiano (Botero, 2016), el "secuestro simple" contempla actos que signifiquen arrebatarse, sustraer, retener u ocultar a una persona, al igual que el "secuestro extorsivo", salvo que en este caso, implica que las acciones cometidas fueron previstas por fines publicitarios, fines políticos o para obtener un beneficio a cambio de la libertad de la persona.

Es importante definir esto porque la mayoría de los secuestros perpetrados en Colombia han sido ejecutados en un marco de conflicto armado, que por lo general se rigen, principalmente, por el Derecho Internacional Humanitario (DIH). Lo que conlleva a una serie de implicaciones, como la permisividad del uso de la fuerza, entre otras.

En este sentido los conflictos armados se deben diferenciar en una escala internacional o no internacional según los actores involucrados. De acuerdo con el Comité Internacional de la Cruz Roja (2018), en el caso colombiano la confrontación entre gobierno y grupos armados ilegales o confrontación entre dos o más grupos armados ilegales implica que en su territorio se desarrolla un conflicto armado no internacional (CanI). Asimismo, se deben tener en cuenta otras características como la magnitud de los enfrentamientos.

El Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) utiliza los siguientes aspectos para diferenciar los CanI de otros escenarios menos graves en los que no aplica el DIH. Estos se ajustan a los límites establecidos por la jurisprudencia de los tribunales

internacionales: en primer lugar, las hostilidades tienen una intensidad mínima según criterios cuantitativos (de militantes, víctimas), prolongación del conflicto, tipo de armamento, violencia de los enfrentamientos y efectos en la población civil; en segunda instancia, los grupos no gubernamentales que participan en los actos violentos tienen una estructura jerárquica y cadena de mando, planificar operaciones militares, reclutan y entrenan nuevos militantes, reglamento de disciplina interno y comandantes con capacidad para controlar miembros y realizar control territorial.

Al aplicar estos criterios, la CICR considera que existen al menos cinco Cani en Colombia, cuatro de ellos con participación gubernamental en el conflicto contra el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Popular de Liberación (EPL), las Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AGC) y las antiguas estructuras del bloque Oriental de las Farc, disidencia que no se acogió al Acuerdo de La Habana.

Esta información es relevante para comprender los relatos de los miembros de la Fuerza Pública de Colombia que fueron secuestrados durante el conflicto armado entre el Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, que data desde 1965 hasta el 26 de septiembre de 2016, fecha en la que entró en vigencia el acuerdo que se llevó a cabo en La Habana.

Según el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2019), el secuestro masivo de policías y miembros de las Fuerzas Armadas de Colombia es un fenómeno que comenzó desde 1967, y se registran 1.214 secuestros realizados por las guerrillas de las Farc y el Eln hasta 2017, sin embargo, este fenómeno se agudizó en la segunda parte de la década de los noventa cuando las Farc realizó el mayor número de retenciones.

Esta práctica fue mutando conforme se iba desplegando su estrategia militar hacia la toma de poder, la cual tenía como objetivo conseguir controlar parte del territorio y obtener el status de beligerancia. Inicialmente se utilizó como un mecanismo de financiamiento para su campaña y como moneda de cambio para exigir la libertad de los combatientes que estuvieran presos en las cárceles del país. Estos procesos de intercambio se realizaban por intermedio de la CICR, la Iglesia y el gobierno. Solo hasta aumentar significativamente su poder bélico y armamentístico se sistematizó la captura de miembros de la Fuerza Pública para empezar a negociar un intercambio humanitario. Al no conseguir el status procurado, los policías y militares a manos de las Farc no entran en la denominación de 'prisioneros de guerra'.

Teniendo en cuenta las condiciones del DIH, los miembros de la Fuerza Pública plagiados por las Farc no entran en las tres categorías mencionadas. Inicialmente, se evidencian ciertas semejanzas con la categoría de 'rehén', ya que el grupo insurgente los utilizaba para negociar u obtener beneficios. Sin embargo, al no

mantenerse la dignidad humana, como se observa en los testimonios de los hombres privados de la libertad, este término no es aplicable para ellos.

El pulso entre las Farc y el gobierno en los 90s

En 1989 las Farc rebautizaron su plan estratégico para la toma de poder como Movimiento Bolivariano, el cual se ejecutaría por fases (Ugarriza & Pabón, 2018). Los primeros tres años el objetivo era conformar un ejército de 18 mil guerrilleros distribuidos en sesenta frentes, para en una segunda instancia duplicar esa cifra a 32 mil militantes y ejecutar la ‘primera ofensiva generalizada’ para la toma de poder en 1996. Este plan sería financiado, según lo estipulado en la VIII Conferencia de las Farc de 1993, con secuestros y con los ‘impuestos para la paz’ forzados, principalmente, a comerciantes y ganaderos, y se complementarían con algunas acciones inmediatas para afectar la economía del país, como dañar las estructuras del sector energético; fortalecer su fuerza armada, adquiriendo armamento sofisticado como misiles; y aislar la capital mediante el bloqueo de vías principales.

Llegado el periodo presidencial de 1990-1994, el país pasaba por un proceso constituyente para encauzar el orden político y social que le devolviera la legitimidad, el cual era promovido por el gobierno de César Gaviria Trujillo, diferentes sectores políticos y movimientos sociales (Chaparro Roguez, 2017). A pesar de lo pactado en la Asamblea Nacional Constituyente para mermar la violencia perpetrada por los narcotraficantes, el conflicto armado sostenido por los frecuentes enfrentamientos con los grupos armados ilegales se exacerbó, aunque se llegó a contemplar la participación de las Farc y del Eln en su estructura de representación un poco más diversa. Sin embargo, el gobierno de turno decidió que el grupo subversivo no debía participar en la constituyente, pues no depuso ni entregó sus armas. De hecho, el mismo día de las votaciones para elegir la Asamblea Nacional Constituyente, el presidente ordenó el bombardeo más sofisticado a la fecha dirigido contra los dirigentes del grupo armado. Así, la confrontación armada se convirtió en una herramienta de disuasión política.

En el siguiente periodo presidencial (1994-1998), las Farc dieron un duro golpe al mandato de Ernesto Samper. La base militar de Las Delicias, en Puerto Leguizamó, Putumayo, fue el epicentro de un ataque que dejó como resultado a 80 militares privados de la libertad (CNMH, 2019). Con estos secuestros, el grupo al margen de la ley procuró un intercambio por algunos de sus militantes que estaban detenidos, pero no tuvieron una respuesta afirmativa por parte del gobierno. Sin embargo, menos de un año después se desmilitarizaron 13,662 km² del municipio de Cartagena de Chairá, en Caquetá, para que las Farc entregaran a 70 plagiados, por medio de la intervención de la Comisión de Reconciliación Nacional, la CICR y otras entidades internacionales.

Este episodio representaba para los dirigentes de las Farc cuatro victorias bastante significativas: el movimiento por haber cumplido con los objetivos de ocho

Conferencias Nacionales, aumentar con miles de combatientes y cientos de mandos sus filas, la confirmación por el presidente Samper como un partido político alzado en armas y, por último, haber capturado 100 soldados y policías, de los cuales para 1997 tenían en su poder a 70 de ellos (Ugarriza y Pabón, 2017).

Esto determinó un accionar masivo de golpes a la fuerza armada para la captación de miembros de las Fuerzas Armadas, con el objetivo de iniciar un proceso de negociación de paz con el siguiente gobierno. En 1998, al comienzo del mandato presidencial de Andrés Pastrana, se autorizó el despliegue de una zona de distensión de aproximadamente 42.000 km² en el suroriente del país para realizar un intercambio humanitario. Sin embargo, a pocos meses de iniciar los diálogos, las Farc ejecutaron el secuestro masivo más grande de la historia al atacar diferentes municipios mediante tomas guerrilleras, tras las que se privaba de la libertad a los miembros de la Fuerza Pública sobrevivientes. Algunos ejemplos son la ofensiva contra la estación de policía y la base militar del Ejército, en La Uribe, Meta, que dejó a 7 militares bajo su poder y la toma del municipio de Mitú en Vaupés con un registro de 62 policías secuestrados.

En este escenario, ese año fue aprobado por la plenaria de la Cámara un texto que también pasó por la Comisión primera del Senado, para suspender procesos judiciales y otorgar libertades condicionales a los miembros del grupo subversivo, como herramienta del intercambio entre los miembros de menor grado de la Fuerza Pública de Colombia y algunos militantes de las Farc (CNMH, 2019).

Desde 2000 hubo una reducción sistemática de secuestros de miembros de la Fuerza Pública, generado en parte por la disminución de las tomas guerrilleras y el cambio de la línea de mando. Para 2002 este enfoque buscaba fortalecer el accionar político y efectuar ataques con objetivos específicos, dando como resultado un decrecimiento significativo de bajas guerrilleras (Ugarriza & Pabón, 2017). Su principal objetivo era iniciar un diálogo con el gobierno entrante para ser reconocidos como fuerza beligerante. Como parte de esta estrategia, los secuestros se orientaron a perfiles que representarían un mayor valor en las negociaciones, como la retención de los doce diputados de la Asamblea Departamental del Valle Del Cauca el 11 de abril de 2002. Este planteamiento buscaba encauzar una ley de canje que no prosperó.

El final de la Zona de Distensión, el 21 de febrero de 2002, estuvo marcado por varios antecedentes que desencadenaron la interrupción de las negociaciones de paz, como la muerte de la exministra Consuelo Araújo, quien se encontraba en manos de las Farc, el 29 de septiembre de 2001. Cuando concluyó la Zona de Distensión, el Ejército Nacional inició la recuperación de las áreas despejadas, así que las Farc decidieron retirar sus filas y eludir la mayor cantidad de confrontaciones directas con las Fuerzas Armadas para evitar debilitarse.

La nueva estrategia contraguerrilla que se venía desarrollando se terminó de fortalecer con el nuevo gobierno. Durante el mandato de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010) se desplegó el llamado Plan Patriota, que incluía en primera instancia las operaciones Libertad 1 y 2, con las que buscaba romper el cerco a Bogotá, recuperar territorios y tener mayor presencia militar. Además, se activó la operación Cóndor que implicó buscar información en la población civil y replantear la confrontación contra los grupos insurgentes. Dentro de la nueva estrategia militar, se distribuyeron más unidades a lo largo del territorio nacional que propiciaron ataques más frecuentes y contundentes. También se llevaron a cabo maniobras de rescate, como la operación Jaque, ejecutada el 2 de julio de 2008 y la operación Camaleón, llevada a cabo el 13 de junio de 2010.

Entre 2003 y 2013, se identificaron solo cuatro incursiones subversivas en las que se reportaron secuestros, con un saldo de 36 raptados, compuesto por 31 policías y cinco civiles (CNMH, 2016). Aun así, los resultados del Plan Patriota fueron criticados por defensores del DIH, debido a los parámetros en los que operaban (Programa Somos Defensores, 2008). Uno de los ejemplos más controvertidos fue la operación Monasterio, realizada el 5 de mayo de 2003, que desembocó en el asesinato del exgobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria; el exministro de Justicia, Gilberto Echeverri; y un grupo de soldados que habían sido plagiados.

Durante el gobierno de Juan Manuel Santos (2010-2018) se llevó a cabo la liberación de los últimos uniformados en posesión de las Farc el 2 de abril de 2012, como prueba de su disposición para negociar la dejación de las armas y entrar a la vida civil. Después de la ola de violencia que se vivió a lo largo del conflicto armado y de los operativos contra la guerrilla por parte del gobierno, el 28 de agosto de 2012, Santos anunció el inicio de los diálogos para lograr “un acuerdo general para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera” en La Habana. Este proceso culminó con la firma del Acuerdo el 26 de septiembre de 2016.

Se estima que serán juzgados en la primera etapa de investigación de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) entre 2.500 y 8.500 casos de secuestros efectuados por las Farc entre 1993 y 2012 (El Tiempo, 2018). Un estudio del CNMH (2013) documentó 39.058 secuestros entre 1970 y 2010, de los que 18.410 fueron realizados por grupos guerrilleros. Esta misma entidad establece que entre 1976 y 2017 las Farc y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) secuestraron al menos a 1.214 miembros de la Fuerza Pública.

Este fue el contexto que determinó las vivencias de los policías y militares en manos de las Farc. Mientras permanecían privados de la libertad en medio de la selva, cada nuevo mandato presidencial y sus políticas y estrategias militares incidían en su suerte. Sus condiciones de vida eran afectadas con los enfoques que implementaba el Estado frente al conflicto armado. En muchos casos, los golpes que se dieron a la guerrilla tuvieron consecuencias negativas sobre el día a día de

los capturados. Queda la duda sobre qué papel tuvieron estos cambios en el caso del capitán Ernesto Guevara, por ejemplo, quien fue secuestrado en la toma de Mitú, Vaupés, el 3 de noviembre de 1998, y murió estando en cautiverio siete años después, por las malas condiciones a las que fue sometido (Hernández-Mora, 2006). Aun así, este contexto fue una de las razones principales por las que el secuestro se vivió como lo cuentan los 11 entrevistados para este trabajo.

Capítulo I: tomas guerrilleras y secuestro

El Billar

El cabo primero Luis Alfonso Beltrán fue el primero en toparse con la guerrilla. Alrededor de las 16:25, Beltrán salía con tres soldados a hacer un registro de El Billar, Caquetá. En esa área selvática, caracterizada por una quebrada del mismo nombre y que es jurisdicción del municipio de Cartagena del Chairá, se había asentado hace seis meses un grupo de 150 militares que integraban el Batallón 52 del Ejército Nacional. Transcurría el año 1998, cuando el poderío de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) se encontraba en su auge y contaba con una fuerte presencia en Putumayo, Guaviare, Caquetá, entre otras zonas del país.

Aun así, la noción general era que “estábamos en control del área”, cuenta el ahora sargento. Nueve meses antes, el municipio caqueteño fue el escenario de la liberación de 60 miembros de la Fuerza Pública secuestrados por las Farc, que habían sido privados de la libertad cuando la guerrilla se tomó por la fuerza el municipio de Las Delicias, Putumayo, el 31 de agosto de 1996.

La tarde del 3 de marzo de 1998, Beltrán y los otros 149 uniformados estaban a casi 200 kilómetros de Las Delicias. En los seis meses que llevaban ahí, revisar la zona entre las 16:00 y las 16:30 había sido rutinario y los militares, hasta ahora, no habían lidiado con mayores sobresaltos.

Fue con esa idea que Beltrán encabezó el grupo de registro. El campamento de donde salían estaba junto a la quebrada. Debían dirigirse a un ‘zorro’, un puesto de observación, y para ello debían internarse en la selva. Durante los primeros 40 minutos, nada alteró su marcha, caminaban y charlaban entre ellos, como lo hicieron durante los tantos recorridos que les habían correspondido desde su llegada.

Después de esos 40 minutos, dieron por casualidad con un grupo de guerrilleros. Las Farc se preparaban para tomarse el asentamiento militar en El Billar, pero el Ejército no estaba al tanto de la situación. Con el primer avistamiento inició la batalla, en medio de la selva.

Desde el campamento comenzaron a escucharse los disparos. En ese mismo instante, una fracción más grande de soldados salió a apoyar al grupo de registro. Al llegar al área donde se estaba llevando a cabo el enfrentamiento, se encontraron en desventaja. “No pensamos en el poder que tenían en ese momento las Farc ni la cantidad de gente que tenía”, comenta José Miguel Arteaga, otro de los militares del Batallón 52, quien calcula que había más de 1.000 combatientes asediándolos. Luis Arturo Arcia, también suboficial de ese Batallón, calcula que se trataba de 1.800 subversivos.

No había pasado más de una hora cuando la ofensiva guerrillera se dividió en cuatro y empezó a golpear a la resistencia por diferentes frentes. Los miembros del Ejército

intentaban operar de acuerdo a las directrices que les había mostrado la institución, pero el incesante ataque no les permitía moverse libremente, afirma Arteaga. Luego de 35 minutos, las Farc tenían rodeados a la mayoría de los militares en su propio campamento, cercándolos contra la quebrada que pasaba al lado.

El ataque subversivo se intensificó cuando llegó la noche. En ese punto, las Farc emplearon sus armas de destrucción no convencionales, conocidas como 'cilindros bomba'. Estas armas eran construidas con pipetas de gas, que eran rellenas con explosivos y metralla, y eran lanzadas a modo de mortero, con un tiro parabólico. "Esa noche, la cantidad de cilindros bomba que nos cayeron nos volvía nada. Nos estaban era masacrando ahí", dice Arteaga.

Otro grupo de soldados había sido separado del contingente principal y se quedó en la selva. Entre ellos estaba Beltrán, el grupo de registro y una porción de los soldados que habían salido en su apoyo. En total, no eran más de 30 hombres. Los combates se extendieron por más de tres días, de día y de noche. En el campamento y en la selva, los integrantes del Batallón 52 esperaban apoyo aéreo, pero la respuesta nunca llegó.

Finalmente, la treintena de militares salió de la selva a un pueblo llamado Peñas Coloradas. En el pueblo ya había presencia guerrillera y como estaban siendo perseguidos por otros combatientes, fueron rodeados y obligados a rendirse. Esto también sucedió en el campamento, donde después de numerosas bajas los militares fueron forzados a entregarse. Así fue como 17 miembros de la Fuerza Pública quedaron desaparecidos, 43 secuestrados y 86 muertos, según las cuentas de Beltrán. Los registros del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), en cambio, reportan 35 militares fueron capturados. En todo caso, "fue muy duro uno ver a los compañeros, a los amigos, ahí y uno impotente, sin poder hacer nada. Muchos soldados murieron por desangrado y por infecciones también.", señala el ahora sargento.

Este fue el punto inicial de un secuestro que duró años. Los soldados de menor rango tuvieron que pasar tres años privados de la libertad, en lo más profundo de la selva. Para los mandos o 'cuadros', oficiales y suboficiales del Batallón 52, el cautiverio se extendió mucho más. José Miguel Arteaga, por ejemplo, debió esperar 10 años, 3 meses y 25 días para ser liberado. Luis Alfonso Beltrán y Luis Arturo Arcia, por su parte, compartieron el récord del secuestro más largo, con 14 años y 29 días en manos de las Farc.

Miraflores

Cinco meses después, un hecho similar se presentó en Miraflores, Guaviare. Días antes de la toma guerrillera, los habitantes les habían advertido a los militares que combatientes de las Farc circulaban por diferentes zonas aledañas al pueblo y que se preparaba una incursión armada, narra Erasmo Romero, un suboficial que estuvo presente durante el ataque. El objetivo era destruir la base antinarcóticos de la Policía Nacional y las bases del Ejército.

Los soldados decidieron dividirse en tres grupos: uno para apoyar la protección de la base antinarcóticos y dos para hacer resistencia en diferentes puntos del pueblo. Erasmo Romero permaneció en la base, que estaba ubicada cerca de un cementerio, en el centro del pueblo. Entre los tres grupos de defensa, eran 150 militares. Por cada uno de ellos, había diez guerrilleros.

José Vitaliano Sandoval, un patrullero de la Policía de Miraflores, relata que se enteraron de la inminente llegada de las Farc mediante un aviso en la radio institucional. El 3 de agosto de 1998, día en el que iniciaron los enfrentamientos, los policías se plantaron en la base antinarcóticos. Ese día el combate no llegó a su puerta. Se quedaron esperando, dentro del edificio, que la guerrilla se tomara la base.

Ante la amenaza que se asomaba en Miraflores, los militares y policías avisaron al comando superior de la Fuerza Pública y pidieron apoyo. Al igual que en El Billar, la respuesta nunca llegó. De acuerdo con William Donato, comandante de la Compañía Antinarcóticos de Miraflores, la topografía de la zona y la poca capacidad de vuelo que tenían los helicópteros en ese entonces impidieron que les llegara la ayuda.

Ya había oscurecido cuando inició el combate. Eran las 19:00 y mientras en la base de la Policía servían la comida, las dos fracciones del Ejército que se habían situado a las afueras de Miraflores recibían la primera embestida de 500 subversivos. Las Farc se habían dividido en tres grupos de 500 hombres, de los cuales dos se alternaban por turnos, de día y de noche, para que no cesara la ofensiva. Los demás se encargaban de la 'labor administrativa', que se trataba de recoger a los heridos, mantener las provisiones y hacer la logística que demandaba el enfrentamiento, explica Romero.

Al día siguiente, la guerrilla penetró la línea de defensa militar. Apuntando hacia las bases, los atacantes comenzaron a disparar los cilindros bomba. A Miraflores había llegado noticia de las anteriores tomas y de las armas de destrucción no convencionales que se empleaban. Sin embargo, los miembros de la Fuerza Pública nunca las habían visto de cerca y no imaginaban su poder de destrucción, dice Romero.

Primero cayeron los militares que estaban por fuera de la base. Miraflores fue construida a lo largo del río Vaupés y los guerrilleros utilizaron ese límite para acorralarlos. Luego rodearon la base antinarcóticos, obligaron a los soldados y policías a entregarse y destruyeron el edificio. Los combates duraron un total de tres días, cuando "ya nosotros estábamos prácticamente agotados de munición, con el cansancio y el hambre. No pudimos hacer prácticamente nada. Había un descuido total de la Fuerza Pública para los que estábamos allá en medio de la población dentro de la selva. Entonces, fue muy difícil", asegura Romero.

Esta toma dejó un saldo de 132 secuestrados y 35 muertos entre militares y policías, de acuerdo con el CNMH. También para los vencidos inició un cautiverio que duró

años, los patrulleros y soldados de bajo rango fueron liberados tres años después. Los mandos tuvieron que aguardar un tiempo al menos tres veces mayor.

La Uribe

Antes de que las Farc terminaran de tomarse Miraflores, otro de sus frentes incursionó en el municipio de La Uribe, Meta, contra la base militar. Había 138 miembros de la Fuerza Pública para defender el pueblo.

Raimundo Malagón, entonces teniente del Ejército Nacional en La Uribe, llegó 13 días antes de la ofensiva subversiva. Según el ahora coronel, la inteligencia militar había captado señales y comunicaciones radiales que anunciaban la toma guerrillera. Aun así, cuando Malagón aterrizó en el municipio, lo encontró riesgosamente desprotegido. “Fue una de las cosas que nos sorprendieron con los soldados. Era para nosotros increíble ver que un sitio geopolítico y estratégico, tanto para las Farc como para el gobierno nacional, estuviera en ese estado de indefensión”, dice.

Se solicitó ayuda al comando superior y aunque esta vez sí hubo respuesta, los refuerzos no llegaron para el inicio del combate, el 4 de agosto de 1998. Los soldados se dividieron en varios grupos para proteger diferentes puntos de La Uribe. La fracción en la que estaba Malagón fue encargada de proteger el cerro El Salero, ubicado a las afueras del casco urbano. Esa zona no tenía ningún tipo de defensa ni edificaciones para resguardarse. En los días anteriores al ataque, los soldados allí tuvieron que convivir con las vacas y los caballos que por ahí pasaban.

Aún no había mucha luz en el pueblo cuando cayeron los primeros cilindros bomba y otros explosivos. Eran alrededor de las 5:00 y entre 1.000 y 1.200 guerrilleros atacaban el casco urbano. En El Salero, donde Malagón encabezaba la defensa con 30 soldados más, llegaron 200 subversivos, que los atacaban por diferentes frentes.

A medida que avanzaba el combate, los guerrilleros iban subiendo el cerro y se ubicaban cada vez más cerca de la defensa. El Ejército comenzó a sufrir varias bajas y a quedarse sin munición, motivo por el cual algunos decidieron entregarse. Malagón solo tenía un cartucho más de municiones y una granada de mano cuando estaban a punto de rodearlo.

Soltó el seguro de la granada, pero antes de lanzarla se percató que les estaban perdonando la vida a los soldados que habían depuesto las armas. Los guerrilleros le dijeron que la tirara para otro lado y que no lo matarían. El entonces teniente cumplió con la instrucción y se sumó al grupo de mandos secuestrados.

Habían pasado cinco horas desde que arrancó la batalla cuando Malagón perdió la libertad. El resto de la contienda duró tres días. La base militar no fue destruida pero siete integrantes del Ejército fueron capturados. Hubo 33 muertos entre policías y

militares, de los cuales algunos fueron fusilados mientras buscaban refugio en la base, indica Malagón.

Mitú

El 1 de noviembre de ese año, el objetivo de las Farc pasó a ser una capital departamental. En los días precedentes, la población civil le había informado a la Policía que las fuerzas guerrilleras se acercaban a Mitú, al noroccidente del Vaupés. Se avisó a los comandos superiores de Villavicencio y de Bogotá, pero no llegaron refuerzos para los 120 uniformados que se alistaban para defender el pueblo.

El día anterior, Día de Brujas, el sargento César Augusto Lasso y otros miembros de la unidad policial de Mitú preparaban actividades lúdicas con los niños y las niñas del municipio. A pesar de la festividad que celebraron con regalos y helado, hubo mucha tensión entre los habitantes. “Ese día ya se sentía en el ambiente la incomodidad de la gente, la zozobra de que algo iba a pasar. Era como un presentimiento que tenía la gente de que se iba a presentar algo traumático”, recuerda Lasso.

Por eso, una muchedumbre se apresuró para subirse a un avión que había llegado a las 5:30 de ese día, intentando escapar del inminente enfrentamiento. El sargento recuerda ver al defensor del pueblo, al personero y a un fiscal corriendo hacia la aeronave. Dos de sus compañeros entraban a vacaciones ese día y pudieron salir de Mitú.

La intranquilidad permaneció en el pueblo durante todo el día, pero la batalla nunca inició. Lasso hizo guardia esa noche, se fue a dormir a la 1:00 y hasta entonces no vio señales de peligro.

A las 4:50 se escuchó la primera detonación y, de inmediato, los guerrilleros comenzaron a disparar contra las instalaciones de la Policía y los puestos de avanzada. Pedro Espinosa se levantó junto al sargento en el cuarto que compartían. Agarraron sus fusiles y salieron a luchar contra los 1.200 subversivos que se habían movilizado hacia Mitú.

Lasso y Espinosa se separaron. El primero se dirigió hacia la Registraduría, donde había unas trincheras, pero el fuego enemigo no le permitió llegar y tuvo que detenerse en las instalaciones de la Caja Agraria. El otro subió a la torre de la estación de policía. Desde allí, causó múltiples bajas a los guerrilleros. En ese sitio, también murió.

Una vez encontró protección en el edificio de la Caja Agraria, empezaron a sonar zumbidos que Lasso no lograba reconocer. Los sonidos pasaban de un lado a otro en el pueblo y terminaban con una explosión. A través de una ventana, el sargento identificó que se trataba de los cilindros bomba.

Lasso comenzó a disparar desde la habitación en la que se encontraba hasta que escuchó un ruido que llamó su atención. Había una familia de funcionarios de la

Caja Agraria escondidos ahí. “Les dije que terminaran de cubrirse con unos colchones y cambié de sitio de disparos, porque cada vez que disparaba de ahí me llovía fuego. Entonces vi que a ellos les iba a afectar”, dice el policía.

Desde su nuevo puesto de combate vio un perro. Estaba inmóvil en medio del combate. Lasso lo reconoció. Era una de las mascotas que tenían unos habitantes del municipio. Era pequeño y el sargento lo había visto varias veces durante sus patrullajes cuando andaba por el pueblo. Ahora temblaba del miedo. En un instante, Lasso se cubrió del fuego enemigo, cuando se asomó de nuevo, no lo volvió a ver.

Cambió otra vez de sitio para seguir peleando. Lanzó una granada, se cubrió y escuchó el estruendo de la explosión. Aunque los guerrilleros que estaban al frente suyo no lo habían visto, entendió que no tenía sentido continuar porque estaba rodeado. Finalmente, otros subversivos que tenía por detrás le dijeron que se entregara y él depuso el arma. En ese momento, “comenzó una historia de mi vida que nunca esperé vivirla”, agrega el sargento. Tras la toma de Mitú, que se prolongó durante tres días, 61 policías quedaron en manos de las Farc.

Capítulo II: el impacto de perder la libertad

Mientras los policías de Mitú salían de sus refugios con las manos arriba, vencidos, los guerrilleros los filmaban y los insultaban, recuerda César Lasso. Después de que se entregaron, la guerrilla los trasladó a las afueras del pueblo. En el recorrido, el sargento reconoció a dos de sus compañeros en el suelo. Uno estaba muerto y el otro herido de gravedad.

Vislumbró a uno más, con la mirada perdida, y pidió que le dejaran recogerlo y ayudarlo. Los subversivos se negaron, diciéndole que iban a llevar a ese compañero al hospital. El policía hizo caso y reanudó su desplazamiento con los demás miembros de la Fuerza Pública, creyendo que su compañero tendría mejor suerte cuando llegara al centro médico. “Fui muy iluso porque a los que estaban muy heridos los remataban. Ellos no le respetaban la vida a los que estaban muy heridos”, asegura Lasso. En cambio, aquellos que tenían heridas más leves fueron secuestrados y estuvieron bajo el cuidado de los demás policías.

Caminaron en diferentes grupos a lo largo del río Vaupés hacia el suroccidente, hasta que llegaron a un punto llamado Bocas de Yí. Eran aproximadamente las 19:00. Ahí esperaron un par de horas por unas palcas, embarcaciones similares a las lanchas, en las que fueron trasladados por el río, adentrándose en la selva, hacia Guaviare.

No todos los policías fueron sacados al mismo tiempo de Mitú, indica Ramiro Alexis Ortiz, quien estuvo en el último grupo que salió del pueblo. Eso hizo que la caminata fuera todavía más difícil. “Creíamos que todos los demás estaban muertos. Íbamos con la preocupación de que nuestros compañeros y amigos estuvieran muertos”, agrega el uniformado.

Ese primer trayecto duró alrededor de 15 días, alternando entre los desplazamientos por río y por tierra, aunque la mayoría del tiempo fue a pie. Finalmente llegaron a un campamento donde los recibió alias ‘César’, quien sería su primer carcelero, comenta Luis Herlindo Mendieta. Allí reunieron a todos los secuestrados de Mitú. “En medio del dolor y la tristeza, fue una alegría tremenda encontrarnos con más de 40 compañeros vivos”, añade Ortiz.

Los militares de El Billar tampoco estuvieron todos juntos desde el comienzo. En Peñas Coloradas, donde terminaron el grupo de registro y la fracción que fue en su ayuda, fueron privados de la libertad 17 de los 43 soldados, dice Luis Alfonso Beltrán. En este caso, los secuestrados no se encontraron con sus colegas hasta un mes y medio después.

Aunque estaban separados, los dos grupos pasaron por situaciones similares. Trasegaban sin cesar por la selva, muchos de ellos conmocionados por no poder

aceptar que lo que les estaba sucediendo era real. Los desplazamientos se intensificaron 12 días después de la toma, cuando el apoyo del Ejército llegó tardíamente a El Billar.

Había sobre todo incertidumbre. “En los primeros momentos uno no sabía qué iba a pasar con uno. Era camine y camine”, asegura Beltrán. Esa sensación aumentaba con el vuelo de los helicópteros, el sonido de las ametralladoras en la selva y los bombardeos, acciones del Ejército para liberar la zona. “Era vivir el día a día. Uno no sabía si iba a amanecer al otro día porque la tensión era muy fuerte”, complementa.

La zozobra también la generaban los captores. Con frecuencia, los militares eran sometidos a tratos humillantes, afirma José Miguel Arteaga. Los guerrilleros les manifestaban su desprecio, les lanzaban insultos y los llamaban “asesinos”. A veces escupían en su comida y le mezclaban pedazos de vidrio. “Uno decía ‘pero, ¿para qué hacen eso?’”, rememora Arteaga. En cierto punto, la desesperación fue tal que los soldados comenzaron a decirle a los guerrilleros “si nos van a matar, mátennos aquí y déjenos aquí cerquita donde nos pueden recoger y llevarnos a la familia”, añade.

Después de los primeros desplazamientos, los miembros de la Fuerza Pública de El Billar, Mitú, Miraflores y la Uribe fueron encarcelados en las jaulas de concentración. Estas serían sus nuevas viviendas durante la Zona de Distensión, que se prolongó hasta febrero de 2002. Se mudaban con frecuencia de lugar, pero adonde fueran los esperaba una de estas jaulas, que a varios de ellos, como a Beltrán, les recordaba a los campos de concentración de la Alemania nazi.

Estos sitios de reclusión, como el resto de sus años en cautiverio, tenían lugar en mitad de la selva. Una vez adentro, los militares y policías quedaban encerrados por una malla metálica con alambre de púas, elevada por vigas de madera. José Vitaliano Sandoval calcula que en sus 2 años, 10 meses y 25 días de secuestro estuvo entre 13 y 14 de estos lugares. Entrar en estas condiciones levantaba muchos cuestionamientos, agrega Ortiz. En la primera etapa del secuestro, era difícil dejar de preguntarse “¿por qué me pasa esto a mí si yo soy bueno?”, menciona.

Desde el comienzo, varios de los plagiados se plantearon escaparse de los guerrilleros. Para desincentivar estas acciones, comenta Luis Herlindo Mendieta, uno de los cabecillas lo amenazó de muerte si hablaba con alguno de sus compañeros, ya que él era el comandante de los policías de Mitú. A causa de esto, el entonces coronel debió pasar la primera etapa de su encierro aislado de sus compañeros.

La amenaza de muerte era general. En repetidas ocasiones, los subversivos sostenían sus fusiles a la cabeza de los secuestrados. A William Donato, quien fue

uno de los comandantes de la defensa de Miraflores, uno de los jefes captores le dijo que le iban a hacer un consejo revolucionario. A pesar de que el juicio nunca se llevó a cabo, el comandante tuvo que cargar con el peso de esa advertencia. Estando en esa situación, Donato nunca dejó de contemplar su escape. “Uno vivía como en un insomnio. No le cogía a uno el sueño de pensar la manera para fugarse de allí. Era un pensamiento a diario, de cómo lograr la libertad de una u otra manera”, señala.

Hubo quienes sí intentaron escapar de inicio. Después de entregarse a las Farc, Raimundo Malagón fue trasladado de La Uribe hacia la serranía de La Macarena. Siendo el único cuadro entre los militares de su grupo, Malagón tomó la decisión de huir un mes después de la toma. De acuerdo con el ahora coronel del Ejército, esa era una de las misiones de todo miembro de la Fuerza Pública privado de la libertad. Caminó por tres días, pero fue capturado nuevamente por los guerrilleros, y como castigo estuvo 20 meses aislado de sus compañeros, amarrado de las manos y del cuello a dos árboles diferentes.

El sufrimiento por el que debían estar pasando sus familias también ocupaba la mente de los secuestrados. En algunos casos, como el de Malagón, el impacto de la noticia de la toma no tardó en hacer efecto. Poco antes de que él tratara de fugarse, Lastenia Castellanos, su madre, falleció.

A los 15 días de la toma de Miraflores, los policías a manos de las Farc tuvieron acceso a algunos periódicos y revistas. En lugar de apaciguar las dudas que permanecían sobre la incursión guerrillera en el municipio del Guaviare, le generaron más incertidumbre a William Donato. En esas publicaciones halló noticias que lo daban por muerto. “Era un sufrimiento doble el que estaba viviendo yo en la selva, con el de no saber y no poder decirles a mis padres que todavía estaba vivo”, cuenta Donato.

No por estar rodeados de guerrilleros, en las jaulas de concentración, despojados de sus pertenencias y del contacto con el exterior, los miembros de la Fuerza Pública comprendieron de inicio qué era lo que les estaba pasando. Algunos de ellos, como Malagón, a veces olvidaban que estaban en cautiverio. En una entrevista con El Informador, el ahora coronel declaró: “duré muchos meses en los que yo me levantaba a las 4:30 o 5:00 y estaba convencido de que estaba adentro de la base militar y que estaba con mis soldados. Cuando me daba cuenta de la realidad, estaba amarrado a dos cuerdas”.

Quedar en manos de las Farc fue pasar de lo normal a lo anormal, establece Erasmo Romero. En esto coincide Beltrán, cuyos planes distaban de la realidad a la que sería sometido. “Antes de ser privado de la libertad yo llevaba una vida normal y estaba muy enfocado en mi carrera militar. Pensaba que el día en el que tuviera un hogar es porque iba a tener una estabilidad económica. Entonces, aún no pensaba en formar un hogar, pero ya estaba mirando porque llevaba tres años de cabo

primero e iba a ascender a sargento. Ya iba a estar, de pronto, en el lado administrativo”, recuerda.

Para los plagiados, en especial para los mandos que tuvieron que pasar al menos nueve años en la selva, el secuestro les truncó la vida, según Luis Arturo Arcia. Cuando él fue secuestrado en El Billar tenía 27 años. Para el momento de su liberación, ya había cumplido 41. Todos esos años estarían alejados de los nuevos desarrollos tecnológicos, los cambios que ocurrían en el país y en sus familias. Incluso si cada uno de esos días en cautiverio significaba haber superado las condiciones a las que fueron sometidos el día anterior, “fueron 12 años completamente perdidos a nivel personal y a nivel familiar”, sentencia Mendieta.

Capítulo III: la rutina del cautiverio

“Yo jamás me resigné a habituarme a esa situación. Uno prácticamente estaba ahí por no dejarse morir, porque no aceptar esa situación es morir. Tenía de alguna manera que aceptarlo, mas no acostumbrase. Yo nunca me acostumbré a vivir en esa situación, con las cadenas, el trato cruel e inhumano, jamás”, relata Raimundo Malagón.

Las jaulas de concentración estaban compuestas por dos zonas. La parte interna estaba construida en madera, asegurada con alambre de púas, era techada y albergaba las literas de los secuestrados. Allí se acentuaba el hacinamiento, en especial en la noche, cuando decenas de militares y policías iban a acostarse en un plástico extendido sobre unas tablas que tenían por cama. En general, a cada uno de ellos le correspondían dos tablas para acomodarse.

En el exterior, delimitado por la malla metálica, no había mucho más. Las jaulas quedaban en medio de un barrizal. En ocasiones, unos cables cruzaban el sitio de reclusión y ahí se colgaba la ropa. De lo contrario, las prendas se tendían sobre los alambres de púa. En el mejor de los casos, se contó con un espacio para jugar microfútbol, iluminación adentro de las literas, televisión y baños con taza, pero ese campamento solo duró seis meses y no albergó sino a una décima parte de los retenidos.

Por lo general, esos elementos y todos los demás faltaban. No había, por ejemplo, el baño. En ocasiones se cavaba una zanja para que los hombres en cautiverio hicieran sus necesidades, pero no estaba rodeada de paredes, obligándolos a hacerlas al frente de sus compañeros y a los demás a aguantar el olor subsecuente, comenta Luis Alfonso Beltrán. Para bañarse, cuando se podía, los guerrilleros impulsaban el agua con motobombas hasta las jaulas, lo que a su vez empantanaba el barrizal.

En estos lugares los miembros de la Fuerza Pública pasaron su cautiverio durante la Zona de Distensión. Pero incluso con el final de la zona de despeje y la posterior posesión de Álvaro Uribe como presidente, hechos que cambiaron las condiciones de vida de los plagiados, la mayoría de los días “eran casi una fotocopia del día anterior”, indica William Donato.

Zona de Distensión

La jornada iniciaba entre las 5:00 y las 6:00. A esa hora los captores les llevaban un tinto a la jaula de concentración. Antes del 21 de febrero de 2002, fecha en la que el expresidente Andrés Pastrana anunció el fin de la Zona de Distensión, la alimentación era mejor, señala Luis Herlindo Mendieta. Después de tomarse el café,

a los secuestrados les servían el desayuno. En ese entonces recibían entre dos y tres comidas diarias.

Por lo general se manejaban alimentos no perecederos, como lentejas, frijoles, arroz y pasta, con los cuales se cocinaban sopas. El suministro de agua era limitado, pero en ocasiones se preparaba agua de panela. En ese entonces, había una provisión esporádica de carne. El almuerzo se servía entre las 12:00 y las 14:00, y la cena a las 17:00.

Entre comidas, los miembros de la Fuerza Pública, que durante la Zona de Distensión alcanzaban a ser 60 personas en una misma jaula, trataban de mantener su mente ocupada. “Allá de tanto pensar y de tanto preocuparse es que uno se enfermaba más fácil”, afirma Ramiro Alexis Ortiz. En los primeros meses, hablaban de sus historias de vida con exhaustividad. “Yo ya me sabía la historia de cada uno de los compañeros, desde que tenían uso de razón, cuáles eran sus gustos, dónde había vivido. Era tanto el tiempo que uno podía analizar las historias de cada uno”, asegura Ortiz.

Conocer los caracteres de cada quien era parte fundamental para la convivencia en los sitios de reclusión. Según Erasmo Romero, era necesario saber manejar los diferentes temperamentos porque eran 50 personas con diferentes mentalidades hacinadas en un mismo lugar. “En algunos momentos se tornaba difícil, pero en otros era cordialidad y sobrepasar la situación”, anota. Eventualmente, se formaron diferentes grupos de amigos con los que se pasaba el tiempo.

En cambio, había quien en ocasiones prefería estar solo. A medida que las Farc seguían atacando diferentes pueblos de Colombia y capturando más miembros de la Fuerza Pública, las jaulas de concentración se tornaban más y más hacinadas. “Cuando estaba aislado no tenía problema con nadie, sino que simplemente aprendí a meditar, a encontrarme conmigo mismo. Pero nos mezclan con otras personas que vienen de una cultura diferente, con pensamientos diferentes, obligados además, en condiciones inhumanas de vida. Eso hace que el más mínimo roce genere un problema”, explica Malagón. Estando separado del resto, aprendió a hablar con las arañas, los zancudos y otros insectos, cuenta el ahora coronel.

Después de que se creó la Zona de Distensión, todos fueron trasladados a un área cercana. Allá llegaron a ser cerca de 400 miembros de la Fuerza Pública a manos de las Farc, de acuerdo con José Libardo Forero. Él llegó después que todos los secuestrados de 1998, luego de que los subversivos se tomaran Puerto Rico, Meta, el 10 de julio del año siguiente.

Militares y policías de diferentes grados estaban retenidos, pero para muchos las diferencias jerárquicas desaparecieron en los sitios de reclusión. “Eso fue una hermandad, un aprecio, un cariño de todos. Igualmente con superiores y subalternos. Ahí no era que porque yo era mando”, comenta Luis Arturo Arcia.

Cuando ya habían conocido la historia de vida de todos sus “compañeros de infortunio”, como se llamaban entre ellos, buscaron otros medios de entretención. En varias oportunidades, la guerrilla les brindó juegos de mesa y parte de su tiempo la pasaron jugando parques, ajedrez, cartas y dominó.

También les suministraron materiales de lectura, como periódicos, revistas y libros. De los primeros dos, no se dejaba de lado ninguna letra. Se leían los anuncios, las publicidades, los subtítulos más pequeños. Los libros llegaron después y, como eran más escasos, los repasaban más de una vez. Uno de los que marcó más la vida de los hombres en cautiverio fue la Biblia, dado que muchos de ellos tenían convicciones religiosas. La Biblia los acompañaba durante sus oraciones, en las que depositaban sus esperanzas de conseguir la libertad.

Malagón recuerda con particular aprecio otros dos títulos: “En el Nombre de la Rosa”, de Umberto Eco, y “El General en Su Laberinto”, de Gabriel García Márquez. Fueron los únicos libros que vio en los primeros tres años en la selva. “En especial en ‘El General en Su Laberinto’, a la tercera o cuarta leída que le pegaba, me metía tanto en el personaje que resultaba llorando yo, con la narrativa de Gabriel García Márquez, cuando narra el sentimiento del libertador en sus últimos viajes, en sus gestas”, manifiesta.

Entre las horas de las comidas, varios de los retenidos se ejercitaban. Era uno de los pocos métodos que tenían para velar por la salud de su cuerpo en las condiciones en las que se encontraban. Estar así, en medio de la selva, propició muchas complicaciones físicas, sostiene Beltrán. “Enfermedades tropicales a todos nos dieron. A unos más que otros, pero a todos nos dio, por ejemplo, de la piel. En el caso mío, ya con el tiempo, se me afectó la vista por la humedad. Me dio leishmaniasis tres veces, me dio gastritis, los riñones se me afectaron también”.

La leishmaniasis es producida por la picadura de un mosquito. Richard Pearson, profesor emérito de medicina de la Universidad de Virginia, explica en un artículo del Manual MSD, un recurso de información médica de alcance internacional, que cuando la leishmaniasis genera una afectación en la piel, el primer síntoma suele ser un bulto en el lugar de la picadura, que contiene parásitos. La infección puede propagarse y pueden aparecer más bultos. El bulto inicial poco a poco se agranda, hasta convertirse en una herida abierta. Esta fue una de las enfermedades más comunes entre los secuestrados, según Romero, quien agrega que estando privados de la libertad también conocieron el paludismo.

A las jaulas de concentración llegaban pocos medicamentos para combatir estas complicaciones. Cuando se presentaba un caso de leishmaniasis, los guerrilleros les proporcionaban un medicamento que traían de Brasil, cuya venta era ilegal en Colombia, precisa Beltrán. Si no lograban acceder a las medicinas, se hacía una curación con un animal para que no avanzara la enfermedad.

Para todo lo demás, solían suministrarse los mismos dos medicamentos. “A uno le dan hongos, le da fiebre, le da hepatitis, todas las enfermedades que uno pueda tener. Allá sencillamente le dan a uno una pastilla para el dolor de cabeza. Si tiene vómito, le dan otra pastilla para el dolor de cabeza. Inclusive nos daban lo que utilizan las mujeres cuando tienen el periodo”, dice José Miguel Arteaga.

Por otro lado, la radio jugó un papel fundamental en la vida de los secuestrados. “Era como esa píldora que nos permitía vivir a diario. A través de varios programas que se fueron creando, y que de alguna manera nos ayudaron a sobrevivir, fue esencial. Sin lugar a dudas, esos mensajes que nos llegaban de la familia, de la institución y de los amigos hacían que nosotros pudiéramos mitigar ese sufrimiento y ese dolor que se vivía a diario”, cuenta Donato.

Beltrán señala que los días en que los guerrilleros les daban estos aparatos, los secuestrados prestaban especial atención a los horarios de los programas en los que pasaban las comunicaciones de sus allegados: a las 5:00 transmitían “La Carrilera”, por Antena 2; a las 0:00 sonaba “Las Voces del Secuestro”, por Caracol; y sintonizaban “Alas de Libertad” los sábados, por RCN.

Mediante ese tipo de programas, los militares y policías recibían mensajes de apoyo y se actualizaban sobre las novedades familiares. Así sabían que había sucedido con el trabajo de sus hermanos y a qué grado pasaban los niños en el colegio, por ejemplo. Hubo casos, como el de Romero, en el que por ese medio se enteraron del nacimiento de un hijo.

El 3 de agosto de 1998, cuando las Farc atacaban Miraflores, Emilsen Grajales, esposa de Romero, esperaba su segundo hijo. Después de que Erasmo fue capturado en combate, quedó a la expectativa del nacimiento de Julián Andrés. Aunque nació el siguiente 27 de septiembre, el militar recibió en diciembre la noticia de que su esposa y su hijo, a pesar de algunas complicaciones, estaban bien.

En las jaulas de concentración también se sintonizaban los noticieros, para estar al tanto de la coyuntura del país. “La radio significó para mí el cordón umbilical que nos tenía en contacto con el otro mundo, con esa otra dimensión”, expresa César Lasso. Como consecuencia, las noticias sobre el conflicto armado a veces aumentaban la zozobra de los retenidos. “Escuchábamos la realidad nacional, que estaba la Zona de Despeje, que el presidente le declaraba la guerra a la guerrilla nuevamente. Uno comenzaba a pensar que nosotros íbamos a quedar en el medio”, aclara Ortiz.

Otras veces, la radio se usaba con propósitos de entretenimiento. Por este medio se escuchaban música y la transmisión de partidos de fútbol. Esto último “nos mantenía en comunicación con los guerrilleros, porque ellos también eran hinchas

de uno u otro equipo, entonces nos preguntaban por los marcadores y eso era un punto de comunicación”, agrega Lasso.

A las 18:00 los secuestrados tenían que ingresar a las literas para acostarse. Sin embargo, muchas veces “continuábamos hablando hasta que nos cogiera el sueño porque acostándose sobre una tabla con las marcas de la motosierra es difícil conciliar el sueño”, cuenta José Vitaliano Sandoval.

Así pasaban la mayoría de los días en las jaulas durante la Zona de Distensión. Por momentos estaban encadenados del cuello a un árbol o a un palo, sobre todo cuando eran castigados por desobedecer las instrucciones de sus captores. Además de tenerlos aislados con una cadena por meses, la otra forma de reprimirlos era privarlos de lo poco que tenían. No los dejaban bañarse o lavar su ropa y les quitaban los juegos de mesa, los libros, insumos para el aseo o el radio. De esta forma, estos objetos también eran elementos de presión psicológica “si de pronto uno no hacía lo que ellos querían, no les seguía la corriente de lógica o simplemente les pedía mejor calidad de vida”, declara Malagón.

En todo caso, algunos secuestrados trataban de dar esperanza a sus familias en las pocas oportunidades que dispusieron de mandarles cartas. Cuando se producían las pruebas de supervivencia, que se sacaron sobre todo durante la Zona de Distensión, los retenidos tenían la posibilidad de escribirles mensajes. En septiembre de 2000, el periodista Jorge Enrique Botero y la directora de la Asociación de Familiares de Policías y Militares Secuestrados por la Guerrilla (Asfamipaz), Marleny Orjuela, llegaron a los sitios de reclusión y les llevaron cartas y fotos. Esa fue la primera ocasión en la que muchos de los hombres en cautiverio tuvieron correspondencia con sus familiares, relata Beltrán.

Otros les manifestaban las condiciones en las que se encontraban o le pedían a sus allegados que esperaran por su regreso. “Siempre era complicado con los casados. Saber que se tenía una esposa o una novia y que muy seguramente no lo iba a esperar o que se iba a conseguir a otra persona, como pasó en muchos casos”, indica Forero. En cambio, había quienes preferían tratar de liberarlos de esa carga. “A los padres se les deseaba que siguieran con su vida porque de todas formas allá estábamos muertos en vida”, añade.

La rutina cambiaba cuando se mudaban de una jaula a otra. En esos trayectos, que duraban semanas e incluso meses, la jornada también iniciaba a las 5:00, se desayunaba y se emprendía el trasegar por la selva, narra Mendieta. Por lo general tomaba todo el día, hasta las 17:00, y solo se paraba para el almuerzo, que se servía a las 15:00. Cuando no se caminaba, los desplazamientos se hacían por río. Los secuestrados eran transportados por lancha, ocultados debajo de un plástico negro. Escondidos ahí no podían ver nada, pero “uno escuchaba los aviones. Eso era muy duro. Estábamos aterrados porque no sabíamos a qué hora iba a caer una bomba”, sostiene Beltrán.

Durante el recorrido los militares y policías permanecían encadenados en todo momento y con las manos amarradas. Los guerrilleros les colocaban la cadena de a parejas, del cuello de uno al cuello de otro. “Había que pasar precipicios y uno pensaba que si se caía él, uno también iba a donde el otro fuera a dar. Ahí nos matábamos los dos”, recalca Arteaga.

Sin embargo, “en la parte ambiental, los paisajes eran muy hermosos” rescata Ortiz. “Al mismo tiempo había el riesgo de que se encontrara uno con el Ejército y nos confundieran”, advierte.

Entre las jornadas en las jaulas de concentración y las caminatas por la selva corrió la suerte de la mayoría de los miembros de la Fuerza Pública, hasta que las Farc y el gobierno del expresidente Andrés Pastrana establecieron un “acuerdo humanitario”, en el que más de 350 soldados y policías fueron liberados a cambio de 14 miembros del grupo insurgente.

Por radio escucharon de la noticia de su liberación. Contrario a lo que pasó después, los guerrilleros les informaron que todos iban a ser sacados del cautiverio. Desde el inicio, los retenidos se ilusionaban cuando llegaban las festividades, creyendo que en esas fechas era más probable una liberación. “La primera fecha importante era Navidad, pero pasó ese diciembre y no sucedió. Entonces llegó al mes de la madre, pero tampoco sucedió. Luego en el mes del padre tampoco sucedió. Siempre teníamos la esperanza de que en cualquier momento nos iban a liberar”, recuerda Sandoval.

Ahora el anuncio era oficial. Era junio del 2001 y los subversivos declaraban su disposición de devolver la libertad a los 400 hombres bajo su poder. Una noche los levantaron a la 1:00 y les colocaron la cadena para salir. Les dijeron que todos iban para la libertad, rememora Romero. En medio de la oscuridad alcanzaban a distinguir que los guerrilleros tenían unos lazos blancos y otros normales. Cuando pasaba un oficial o un suboficial –un cuadro-, le amarraban un lazo blanco. A los policías y militares de menor rango, no.

De ese mismo modo los fueron separando en dos grupos. Iban caminando por la selva, unos cogidos de la mano, hasta que en el trayecto se formaba una ‘y’. En ese punto los de mayor rango eran llevados de un lado y los de menor grado de otro. A las 3:00 subieron a los cuadros a una lancha y, ante su zozobra, los subversivos les dijeron que los iban a liberar aparte. Había solo diez de ellos. Pensaron “acá pasa algo raro”.

Tres horas más tarde la embarcación se detuvo y los hicieron subir por un camino que ya estaba demarcado. Llegaron a otro campamento donde estaban los oficiales y suboficiales capturados en la toma de El Billar. En ese momento supieron que

seguirían en cautiverio. “Ese día en las noticias se anunció la liberación de esos soldados. Allá nos quedamos nosotros”, lamenta Romero.

El cautiverio de los cuadros

Los familiares de los secuestrados se dirigieron a la base militar de Tolemada, Cundinamarca. Ellos compartían la idea de que todos iban a ser liberados. El padre de Romero Rodríguez, también llamado Erasmo, llegó a la base buscando su hijo. Romero Rodríguez alcanzó a verlo en un noticiero de RCN, en una de las escasas oportunidades de ver televisión. Las cámaras lo enfocaron y le hicieron una entrevista. “Decía que venía esperando al hijo. Allí no pudo parar, la tristeza lo mató. Exactamente el 3 de agosto de 2001 murió, cuando yo completaba tres años de secuestrado”, lamenta el militar.

Después de la liberación de junio de ese año y con el fin de la Zona de Distensión, los oficiales y suboficiales fueron internados en lo más profundo de la selva del Vaupés y del Vichada, asegura Arcia. Durante los siguientes siete a 11 años, quienes tenían convicciones religiosas seguían pidiéndole a Dios que pudieran salir del cautiverio. En general, todos buscaban una razón para no decaer. “Cuando se está viviendo una situación tan difícil, uno siempre tiene que buscar por qué vivir. Creo que era mi familia, el volver a la institución, continuar con mi vida, volver a compartir con los amigos. Creo que cuando se está en una situación tan difícil y se tiene la muerte así de cerca, uno aprende a valorar más la vida”, afirma Donato.

A pesar de que retirar a los plagiados de la zona de despeje implicó sacarlos de las jaulas, las condiciones de vida se tornaron todavía más difíciles. Comenzaron a llevar secuestrados políticos a los campamentos y con ellos la convivencia era más complicada, de acuerdo con Mendieta. Anteriormente, “hubo una convivencia más armónica, en la cual todos éramos conscientes como integrantes de la Policía y por la preparación que teníamos, creo que hubo una mejor camaradería y compañerismo”, explica el entonces coronel de la Policía.

Con una parte de los políticos tuvieron empatía y coordinación. Por ejemplo, Alan Jara, exgobernador del Meta, dictaba clases de inglés a los miembros de la Fuerza Pública. Con otros no fue así. Todos añoraban unas mejores condiciones de vida, pero algunos de los recién llegados buscaban una mayor comodidad en detrimento de la de los demás, complementa Mendieta. En la división de las literas, el puesto para dormir se reducía a dos tablas, pero ellos procuraban un espacio más amplio. Además, buscaban quedarse con los mejores alimentos y trataban de favorecerse en la distribución de los elementos para el diario vivir, como la ropa y los productos de aseo, que llegaban en dotaciones esporádicas.

“Pienso que el mayor conflicto se originó por el uso de los radios comerciales para escuchar las noticias, las canciones, los programas deportivos y especialmente los mensajes de la familia, cuando en oportunidades nos quitaron durante varios meses

el radio. Sin embargo, le entregaban un radio a uno de los dirigentes políticos, en detrimento de los demás, quien no permitía que los otros lo usáramos”, lamenta Mendieta.

A partir del 7 de agosto de 2002, fecha en la que Álvaro Uribe se posesionó como presidente de la república, los desplazamientos se volvieron más frecuentes. “En una reunión, el Mono Jojoy nos dijo que nos preparáramos para un largo tiempo porque el presidente era Uribe y con Uribe era guerra”, rememora Lasso.

En mayo del 2003, escucharon por radio la noticia de que en una fallida operación de rescate del Ejército Nacional el exministro de Defensa, Gilberto Echeverry, el gobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria, y un grupo de soldados que estaban en manos de las Farc, fueron asesinados. Eso exacerbó su incertidumbre y su preocupación. Sin embargo, llegó un día en el que dijeron “si hemos de morir, morimos, pero no vamos a amargarnos todos los días”, dice Lasso. Al año siguiente los separaron en grupos más pequeños.

Permanecieron divididos de esta manera durante el resto del cautiverio. Incluso de esta forma, las jornadas se ceñían al mismo esquema: levantarse a las 5:00, desayunar, hacer ejercicio o leer, comer nuevamente, acostarse a las 18:00. Aun así, los cuadros nunca se acostumbraron a ese día a día.

Esta nueva etapa del secuestro estuvo marcada por la reducción de los bienes a los que podían acceder. Entre ellos, las pastillas para la cabeza y los medicamentos para la leishmaniasis dejaron de llegar. “Cuando empezaron los operativos del Plan Patriota, fue imposible el acceso a la droga. Hubo como dos guerrilleros que murieron porque no se les pudo prestar atención”, señala Beltrán.

La alimentación también cambió. Pasaron de tener entre dos y tres comidas diarias a comer entre una y dos veces al día. El suministro de carne se volvió casi nulo, al menos de que los guerrilleros cazaran un animal silvestre, como dantas, cachicamos y gurre, precisa Mendieta. Posteriormente, los captores acudieron a los indígenas en procura de alimentos, de modo que los secuestrados recibieron productos de maíz y de yuca y pescado moqueado, pero este último les fue brindado en pocas oportunidades. “En la parte final de nuestra situación de rehenes, reclutaron bastantes indígenas, tanto jóvenes como niñas”, agrega.

Asimismo, disminuyó el acceso a los radios. Desde la posesión de Uribe, la guerrilla se los quitó por dos años y medio, según Romero. Luego se los prestaban por ratos en la madrugada y duraban nuevamente varios meses sin ellos. Por ese medio algunos se enteraron de la muerte de familiares con los que esperaban encontrarse. Ese fue el caso de Lasso en 2009, quien por una transmisión supo que su padre había muerto un mes antes. “Era lo único que llegaba a esas lejanas tierras de la selva colombiana”, comenta.

Con el pasar de los años, la radio adquirió una nueva función. Además de actualizarlos sobre la coyuntura del país y sus familias, les ayudaba a recuperar la noción del tiempo. “A veces nos recordaban qué fecha era en la que estábamos, porque a veces nos perdíamos en el tiempo, sobre todo en saber qué día del mes era”, añade Lasso. Cuando no disponían de estos dispositivos, la poca información que recibían era lo que les dijeran los guerrilleros. Así fue como Mendieta se enteró de su ascenso a general.

Las pruebas de supervivencia se detuvieron en el 2002 y la mayoría de cuadros no pudo enviar más cartas a su familia. En diez años de cautiverio, la familia de Malagón recibió el mismo número de cartas. Aun así, él fue uno de los que más les mandó correspondencia. La gran parte de sus compañeros solo tuvieron cuatro o cinco oportunidades, “pero como tres no salieron porque el Ejército las decomisó”, anota Beltrán.

Además de los tratos a los que eran sometidos, no se adaptaron nunca al clima. “Las fuertes condiciones climáticas eran pan de cada día. El verano era terrible, insoportable, el calor y los zancudos. Luego hubo épocas en las que todos los días llovía”, indica Beltrán. Hubo un episodio particular que los marcó. A los nueve años de cautiverio, cayó un rayo sobre el campamento. “Cinco estuvimos quemados, yo quedé paralizado casi un mes, otros quedaron afectados. Ese día murió un guerrillero y otro quedó reventado. Como estábamos en una selva, bajó la energía, y como él tenía un fusil, lo cogió la energía. Quedó muerto de una”, dice.

La cadena, salvo cuando alguna enfermedad no lo permitía, ahora la llevaban puesta todo el tiempo. A veces se soltaba el extremo atado al árbol, pero los cuadros debían cargarla al interior de los campamentos y permanecían bajo vigilancia. Cuando llegaba la hora de acostarse, les encadenaban los pies. Hubo una caminata por la selva en la que, en vez de a parejas, amarraron a diez hombres con una sola cadena.

A causa de los constantes bombardeos y operativos del Ejército, los desplazamientos se volvieron más frecuentes y en ocasiones más largos. “Hubo un caso particular, que nosotros denominamos ‘la marcha de la muerte’, que duró al menos tres meses, de los cuales estuve casi cinco semanas sin poder caminar”, relata Mendieta. Romero, por su parte, recuerda “una época en la que caminamos como desde el 28 de noviembre hasta el 28 de abril, casi cinco meses porque teníamos a la Fuerza Pública encima”.

En medio de estas situaciones, los miembros de la Fuerza Pública encontraron otra forma de ocupar su mente: las mascotas. Los subversivos llevaban con ellos algunos animales silvestres que capturaban en la selva y los retenidos les comenzaron a pedir que les cedieran uno. Al inicio se negaron, pero luego les dieron micos, pájaros, coatís y otras especies.

A Forero, por ejemplo, le dieron un saíno o cerdo salvaje. En un recorrido por la selva, se encontraron con una manada de estos animales y los guerrilleros los intentaron cazar. Una de las cerdas salvajes huyó, dejando atrás a una cría pequeña. Una de las subversivas lo encontró agachado, escondido, y lo agarró. Luego se lo ofreció a Forero.

El capturado en Puerto Rico, Meta, le puso 'Josefo', un derivado de su propio nombre. Él era el encargado de cuidar de la criatura, que tenía apenas dos días de nacida. "Empecé cuidándolo porque me traían un poco de leche en polvo, me lo diluían en agua y me lo hervían, y yo se lo daba con una jeringa", explica el militar. "Así fue hasta que cogió unos cinco días. Luego empezó a tomar tinto y a comer comida de humanos". Mientras lo amaestraba, tener a Josefo en los campamentos requirió la paciencia de sus compañeros. Los primeros días, el saíno hacía muchos daños, así que Forero buscaba el modo de resarcirlos. Eventualmente, los demás se encariñaron con el animal.

Este tipo de situaciones brindaban alegrías a los secuestrados en medio de todo lo que implicaba el cautiverio. "Durante tantos años, uno vive como en un ascensor emocional, que de alguna manera le permite a veces estar bien y a veces estar un poco caído", establece Donato. En todo caso, había algo que no cambiaba ni con el tiempo ni con la incertidumbre, determina Romero: "la prioridad era sobrevivir".

Capítulo IV: el paso a la libertad

A diferencia de Erasmo Romero, Ramiro Alexis Ortiz y José Vitaliano Sandoval no recibieron un lazo blanco aquella noche de junio de 2001. El día 14 de ese mes, aún sin haberse enterado por radio de la liberación, comenzaron a caminar para salir de la selva. Esos trayectos fueron más intensos e iniciaban a las 3:00, recuerda Sandoval. Duraron cerca de diez días trasegando a pie y a veces en lancha, hasta que notaron un cambio en la naturaleza que los rodeaba. “Pasó de ser una selva espesa a la parte exterior, que cambian los árboles y se siente una zona más despejada. Comenzamos a rumorar que nos iban a liberar”, añade.

Llegaron al último campamento en el que estarían recluidos. Allí llegó alias el ‘Mono Jojoy’, los reunieron a todos y les informaron que serían liberados. Desde ese campamento vislumbraban carreteras y puentes sobre el río, construcciones que no habían vuelto a ver desde hace casi tres años, cuando inició el secuestro. Dos días después llegaron al campamento otras figuras que no existían en la profundidad de la selva: camiones.

Los acomodaron en el planchón de los camiones carpados que había traído la guerrilla. El trayecto por tierra dejó de ser a pie. Desde el interior del vehículo no era posible determinar en qué dirección viajaban, si era río arriba o río abajo. Sin embargo, a medida que avanzaban los camiones, la selva se hacía cada vez menos espesa, hasta que salieron a un claro, donde había fincas.

El recorrido terminó en una vereda del municipio de La Macarena, Meta. Allí había funcionarios de la Cruz Roja, esperándolos, quienes sirvieron de garantes en el momento en el que las Farc los entregaron, menciona Ortiz. Bajaron a los secuestrados de los vehículos y se formaron dos bandos: el de la guerrilla y el de los integrantes de la Cruz Roja, que estaban acompañados por un cuerpo médico. Uno a uno, los subversivos fueron nombrando a los policías y militares con unos listados que traían. Al escuchar su nombre los miembros de la Fuerza Pública pasaban de un lado a otro. “En ese momento fue cuando sentimos definitivamente que estábamos libres, sin dejar de sentir la inseguridad de que estábamos rodeados de guerrilla”, manifiesta Sandoval.

Ya del lado de la Cruz Roja, esperaron por los aviones que los iban a sacar de la vereda. Cuando llegaron las aeronaves, los subieron de a grupos de 35 personas. En total, 350 soldados y policías fueron liberados en este proceso. Con los pasajeros a bordo, despegaron hacia la base militar de Tolemaida, situada en Cundinamarca. Allí los esperaban sus familiares. “Fue el momento más feliz de toda la travesía que tuvimos que pasar”, afirma Sandoval. Para Ortiz, en cambio, “eran unos sentimientos encontrados. Primero estaba la alegría de verlos nuevamente, pero por todo el tiempo que había para reflexionar en cautiverio, había un sentimiento de decir ‘mírenme, soy otro, cambié, créanme’. Yo no era malo cuando me secuestraron, pero había cosas que tenía que mejorar”.

Los cuadros, como les había advertido el 'Mono Jojoy', tuvieron que esperar varios años más para obtener su libertad. Hubo casos de escape exitosos, como el del policía John Frank Pinchao, secuestrado en Mitú, quien se fugó de sus captores en el 2007. Otros fueron liberados por el Ejército Nacional con maniobras de engaño, como la Operación Jaque, o mediante enfrentamientos, como la Operación Camaleón. Los que menos suerte tuvieron, debieron esperar hasta abril del 2012, cuando las Farc liberaron voluntariamente al último grupo de secuestrados, conformado por diez miembros de la Fuerza Pública, en el marco del proceso de paz.

Operación Jaque

La información que llegó a cada uno de los grupos de secuestrados era diferente. En el que estaba Raimundo Malagón, los guerrilleros les dijeron que se iban a sacar unas pruebas de supervivencia. El entonces teniente no había podido mandar cartas a su familia durante siete años. A otros retenidos, entre los que estaba Erasmo Romero, les comunicaron que además venía una comisión médica a revisar cómo estaban. "Nosotros decíamos 'después de diez años metidos acá, ¿cómo vamos a estar?'" cuenta Romero. Al tercer grupo, en el que estaba José Miguel Arteaga, le anunciaron que a alias 'Alfonso Cano' iban a entrevistarle y que ellos formarían un escudo humano alrededor suyo. "Si una operación llegaba, se iban a estrellar con nosotros. Iban a matar a alguno, a dejarlo ahí, para que él pudiera salir", comenta Arteaga. Los tres grupos sumaban 15 personas en cautiverio, entre miembros de la Fuerza Pública, Ingrid Betancourt y los estadounidenses secuestrados.

En todo caso, en junio de 2008 todos emprendieron una marcha de varios días hacia el río Guaviare, desde los campamentos en los que cada uno estaba recluido. El grupo en el que iba Malagón caminó por tres semanas, hasta que llegó a un río. Allí se asentaron durante la noche y al día siguiente los recogió una lancha que los llevó río arriba. Diez horas después dieron con un campamento en el que estaban los demás secuestrados. Los mantuvieron separados de la misma forma en la que habían llegado, aunque todos estaban en la misma área. Les informaron que iban a sacar las pruebas de supervivencia, así que los peluquearon y les dieron mejor ropa.

Erasmo Romero y sus compañeros de cautiverio ya habían llegado a la zona días antes. Cada uno de ellos tenía asignado dos o tres guerrilleros encargados de vigilarlos. Permanecían en una casa abandonada y un día vieron llegar a los demás plagiados. A partir de ese momento, transcurrieron siete días iguales a los otros: encadenados, bajo la custodia de los guerrilleros, rodeados de selva. El día siguiente, 2 de julio, se despertaron a las 5:00, con la noticia de que la comisión médica iba para allá. Los subversivos les repetían que no demoraría, pero pasó la mañana y no arribó. A las 13:20 los retenidos se percataron que la comisión médica se estaba acercando. "Nosotros esperábamos la misión médica a caballo o en una canoa, pero sonó un helicóptero", comenta Romero. La reacción fue instantánea.

Hasta ese momento el ruido de los helicópteros era una señal de peligro, de que una operación militar estaba a punto de suceder. Tan pronto lo oyó, Romero se escondió debajo de una cama de la casa abandonada, tratando de preservar su vida. Desde su escondite escuchó a los tres guerrilleros encargados de él preguntarse “¿dónde está Romero?”. Aun así, no salió de debajo de la cama. Desde ahí alcanzó a ver pasar a los helicópteros y notó que estaban pintados de blanco. Luego observó que sus compañeros estaban siendo subidos a unas chalupas y entendió: “vino la misión médica en helicóptero”. Salió de su escondite y se les sumó.

Las embarcaciones los llevaron a un área despejada. Durante el trayecto, la incertidumbre no cesó. “Nosotros pensábamos que nos iban a botar al río, que nos iban a matar. Entramos en pánico y no sabíamos”, señala Arteaga. Una vez en el claro, aterrizó la aeronave y permaneció encendida. Los supuestos periodistas, que eran militares disfrazados, se bajaron del helicóptero a recibirlos. De acuerdo con Romero, una parte de los retenidos no quería subir a bordo, inseguros de la situación.

Él fue uno de los primeros que se montó en el helicóptero, pensando “si estamos aquí aguantando hambre, si estamos llevados de estas marchas, cualquier cosa es mejor que donde estamos”. A medida que iban ingresando, les amarraban las manos con un zuncho y les colocaban una chaqueta blanca. En medio de la zozobra, Romero no se dio cuenta de cuándo arrancó el helicóptero.

Poco después del despegue, un hombre cayó al frente de sus pies. Era alias ‘Enrique Gafas’, uno de los dos militantes de las Farc que estaban acompañando la supuesta comisión médica. Los dos guerrilleros –el otro era alias ‘César’- habían sido neutralizados. Uno de los periodistas se acercó a Romero y le dijo “¡Marica, ¿vos sos Romero? Yo soy curso de tu hermano, el capitán Romero!”.

En ese instante, supo que ahora estaban en libertad. Los militares que estaban efectuando la operación Jaque les cortaban los zunchos y repetían entusiasmados “somos el Ejército, están libres, somos el Ejército”, pero varios de los plagiados no lograban asimilar la situación. “Nosotros los mirábamos y pensábamos que se habían vuelto locos, porque no creíamos y además seguíamos esposados”, precisa Arteaga, quien a bordo llevaba a ‘La Niña’, un coatí que tuvo como mascota en sus últimos meses en cautiverio.

De a poco, los 15 liberados fueron cayendo en cuenta de la operación. “Comenzaron ellos a abrazarnos, a pararnos, a decirnos ‘mire, somos nosotros’. Cuando todos comenzaron a sentir emoción, comenzamos a brincar. El piloto nos tuvo que decir que nos quedáramos quietos porque íbamos a tumbar el helicóptero”, añade Arteaga. Entre sus celebraciones, cantaron el himno nacional y el himno del Ejército.

La aeronave aterrizó en San José del Guaviare, donde los esperaban algunos generales del Ejército. Los tripulantes se bajaron, ya sin cadenas, y fueron embarcados en aviones que los llevaron a Bogotá. Así se completó el rescate. “El

día de la Operación Jaque para mí se rompieron las cadenas de la infamia, fue la resurrección misma de los secuestrados. Es un capítulo nuevo en la vida de todos los secuestrados, una nueva oportunidad de vida”, manifiesta Malagón.

Incluso estando en libertad, lo que vino a continuación fue difícil. “No hay que hacer eso de estar tú diez años amarrado a un palo con tu compañero, que es lo único que ves, a llegar a Bogotá con una mano de periodistas, fotos. Es como cuando sacas un mico de la selva y lo pones entre un montón de gente”, opina Arteaga.

Una parte de los familiares llegó a Catam, el aeropuerto donde desembarcaron los liberados. “Eso es volver a vivir, fue algo maravilloso. Tuve la fortuna de que toda la familia me estaba esperando. Mi esposa, mis dos hijos, mi mamá, todos me estaban esperando”, relata Romero. Vio por primera vez a su hijo Julián Andrés, de cuyo nacimiento y vida solo se había enterado por radio. “Yo prácticamente a esos hijos los conocí de diez años porque la niña mía tenía 11 meses. Escasamente caminaba, gateaba y ahí me secuestraron”, agrega.

Luego fueron trasladados al Club Militar de Oficiales, donde esperaban el resto de los familiares. Malagón y Arteaga también conocieron nuevos integrantes de la familia. “Yo me había ido muy joven, de 23 años, había dejado tres hermanas y tres sobrinos. Cuando llegué, vi un montón de niños y todos me decían ‘tío’. Cuando vi a mis sobrinos que había dejado muy pequeños, estaban todos grandes. Me pareció muy bonito, abracé a mis hermanas y estuve con ellos todo el día”, narra Arteaga.

Operación Camaleón

Entretanto, el grupo de secuestrados en el que estaban Luis Herlindo Mendieta y William Donato se reducía. Las Farc liberaron unilateralmente a los dirigentes políticos que tenían en su poder, como a Clara Rojas y Consuelo González de Perdomo, el 10 de enero de 2008, hasta que el grupo de Mendieta y Donato quedó con cuatro integrantes, todos miembros de la Fuerza Pública, dos capturados en la toma de Mitú y dos en la de Miraflores. A diferencia de lo que había sucedido con los funcionarios públicos, los hombres que quedaban en reclusión no serían entregados por voluntad de la guerrilla.

Además, quedaron incomunicados durante el último año y medio en la selva. Cuando el exgobernador del Meta, Alan Jara, fue liberado en diciembre de 2008, la guerrilla les quitó los radios y jamás se los volvió a prestar. A partir de ese punto, las únicas novedades que escucharon sobre sus familiares fueron aquellas que les comunicaron los militantes de las Farc. Esto se propiciaba mediante un intercambio: “en oportunidades nos daban cigarrillos y como algunos guerrilleros fumaban mucho, nosotros se los ofrecíamos a cambio de información de la familia”, explica Mendieta.

En uno de esos canjes, uno de los captores le manifestó a un compañero de Mendieta que una tragedia había ocurrido en la familia del general de la Policía. Al no saber qué había sucedido, los días siguientes fueron de incertidumbre y

preocupación, hasta que el subversivo que había escuchado la radio se comunicó nuevamente con su compañero. Originalmente, el miembro de la Fuerza Pública le dijo que un sobrino suyo había muerto en un accidente de tránsito. “Pero yo vi que mis compañeros eran preocupados, hasta que por fin un día me dijeron que no, que lo que él les había dicho era que mi hijo había muerto. De ahí en adelante no pude saber lo que había pasado con José Luis, si estaba vivo o si estaba muerto”, relata el general.

Este tipo de sobresaltos rompían la quietud de la rutina a la que fueron sometidos durante los 12 años habían estado sometidos y que cada vez se hacía más plana. Se seguían levantando a las 5:00, comían dos veces al día, se acostaban a las 18:00 e incluso cuando dos de ellos se ejercitaban, permanecían con la cadena puesta. Solo a Mendieta se la quitaban durante el día por un problema de salud que padecía. La mayoría del tiempo la pasaba cada uno en su ‘caleta’, como denominaban los subversivos el plástico sobre el piso que designaba su puesto. “Ni hablábamos. Escasamente recibíamos donde estábamos la comida”, dice Mendieta.

La quietud se volvió a quebrar cuando en diciembre de 2009 un jefe guerrillero les anunció que los iban a liberar. Entonces emprendieron una marcha de cinco meses, con miras a salir del cautiverio, que desembocó en Guaviare. “En medio de nuestra emoción, empezamos a botar durante la caminata toda nuestra ropa, nuestros elementos, para evitar el peso del morral”, asegura Donato. “Llegamos en el mes de mayo y nos dijeron que los que iban a liberar eran otros”, complementa. A pesar de la decepción, los miembros de la Fuerza Pública mantuvieron la práctica de idear una ruta de escape a donde fuera que llegaran.

Cinco días más tarde, vieron un águila sobre el campamento en el que ahora los recluían. En el cautiverio, avistar esa ave se había vuelto un amuleto de buena suerte para los retenidos, ya que en diferentes oportunidades había aparecido antes de una liberación. Por lo tanto, Enrique Murillo, secuestrado en la toma de Mitú, le expresó a Donato que los iban a liberar, pero él desestimó el presagio. “Recuerdo que le dije ‘no, esa águila debe venir es por las cuatro gallinas que tenemos acá’. ‘No, esa es la libertad’, me decía. Yo le repetí ‘eso son las gallinas’”.

El 13 de junio era el cumpleaños de Mendieta y, a modo de celebración, los cuatro compañeros se encontraban departiendo. El general de la Policía no estaba encadenado y, aunque los otros sí tenían puestas las cadenas en el cuello, el otro extremo estaba suelto. A las 11:30 se produjo un relevo de los subversivos que custodiaban a los secuestrados y les llevaron el almuerzo. Antes de recibir los alimentos, los interrumpió alias ‘Jesús’, el jefe de los de ese campamento, y les comunicó que había informaciones de que los querían rescatar. “Cuando él me está hablando de eso, yo miro que uno de los guerrilleros carga el fusil. Inmediatamente, me prevengo porque me asusto. De un momento a otro empieza una balacera”, afirma Donato.

Ante el sonido de los disparos, alias 'Jesús' y alias 'Judy', su compañera, se agacharon, preguntaron qué estaba pasando y salieron a correr. Para protegerse de los proyectiles y las explosiones, Mendieta se tiró al piso y sus tres compañeros corrieron en direcciones diferentes.

A partir de ese instante, el general de la Policía se arrastró hacia el lugar desde donde se estaban efectuando los disparos, buscando a los militares que venían para el rescate. Se desplazaba por el suelo, protegiéndose de las balas con los árboles en su camino y levantando la mano. "Pensaba que si moría en esos momentos de combate mi familia al menos tendría derecho a recibir mis restos", anota Mendieta.

En cierto punto, se topó con un soldado que iba a rastras y que lo identificó gracias a unas fotos que traía. El general reconoció que su casco era del Ejército Nacional. "En ese momento me siento libre", expresa. Luego se encontró con más soldados y les indicó dónde quedaba el campamento. De esta forma, el accionar del grupo insurgente fue contrarrestado y la zona fue despejada.

Por su parte, Donato se había internado en la selva, corriendo con la cadena al cuello. Dos guerrilleros gritaron "¡ese hijueputa se nos está volando!", y lo persiguieron, pero entraron los aviones y los helicópteros del Ejército y los militantes de las Farc huyeron. Donato se lanzó a una quebrada y se dejó arrastrar por la corriente. Luego salió del caño y siguió corriendo selva adentro, hasta que encontró un escondite. "A lo lejos se escuchaba todavía el enfrentamiento", afirma.

Otro helicóptero sobrevoló la zona a las 18:00, probablemente buscándolo. Sin embargo, el espesor de la vegetación no permitió que lo vieran. En la tarde llevaron unas motosierras al área despejada para fabricar un helipuerto y como una señal para que los secuestrados que habían salido a correr. No obstante, Donato pasó la noche en vela escondido.

Al día siguiente, el ahora coronel de la Policía decidió volver al campamento, suponiendo que ahí estaba la Fuerza Pública. "Regreso con el temor de que el Ejército me confundiera con un guerrillero o de que algún guerrillero me encontrara y me matara", cuenta. Estando cerca, gritó "¡aquí estoy!" y un soldado le respondió. Donato le hizo una pregunta para cerciorarse que en verdad fuera del Ejército. El militar le contestó nuevamente, se aproximó y le dijo "mi coronel, bienvenido a la libertad".

Al llegar al aeropuerto de Catam, en Bogotá, los liberados se reencontraron con sus familias. Allí Mendieta descubrió que el guerrillero que anunció la muerte de su hijo había mentido. "Ya cuando veo a mi hijo, fue un descanso pleno porque estaba vivo. Ese momento fue de una euforia total", comenta. Donato también vivió la alegría de reunirse con sus padres.

Aun así, ver de nuevo a sus seres queridos les generó un fuerte impacto. El día que el general fue secuestrado, sus hijos tenían 11 y 12 años. Cuando regresó a su lado, ya habían pasado por el bachillerato, salido del colegio y graduado de la

universidad. “Pasar de tratar con unos niños a tratar con unos profesionales es un desfase impresionante”, recalca.

Asimismo, Donato sintió un fuerte choque al ver a su padre y a su madre. La imagen que se hacía de ellos seguía siendo muy similar a la que tenía cuando sucedió la toma de Miraflores. Al volver a su lado, los encontró envejecidos y acabados por la incesante preocupación de su cautiverio. “Yo tuve la fortuna de volverlos a ver, otros no tuvieron esa suerte”, reflexiona.

Los últimos liberados

Establecido el primer mandato de Juan Manuel Santos, las Farc se comprometieron a liberar todos los secuestrados en su poder, en el marco de las negociaciones por el Acuerdo de Paz. Las noticias sobre las discusiones en La Habana, Cuba, llegaban a un campamento donde estaba una parte de los últimos miembros de la Fuerza Pública en cautiverio, pero no dispersaba la incertidumbre de los hombres privados de la libertad. “Nosotros escuchábamos por la radio sobre el proceso de paz, pero decíamos, ‘somos el conejito de indias, la mercancía’. La guerrilla decía que hasta que no hubiera una zona de despeje grande, no nos iba a liberar. Llegamos a pensar que tanto el gobierno como la guerrilla se estaban tirando la bola y nosotros estábamos en el medio, pero nadie se ponía en nuestra situación. Los guerrilleros nos decían ‘ustedes acá pueden durar 20 o 30 años hasta que el gobierno los saque’”, explica Luis Alfonso Beltrán.

En febrero de 2012, un comandante del grupo insurgente les comunicó que iban a entregar a diez policías y militares. “Romero, Salcedo, Rojas y Beltrán, ustedes cuatro alisten maleta. Tienen media hora para que recojan sus cosas y se despidan”, escuchó Beltrán. La guerrilla planeaba juntar a cuatro secuestrados de allí con seis de otro campamento para formar el grupo de diez. En el lugar donde Beltrán estaba recluido, había diez retenidos en total, así que tuvieron que dejar atrás a seis de sus compañeros.

El destino era una zona rural entre los departamentos de Meta y Guaviare. De acuerdo con Beltrán, desde que se ejecutó la Operación Jaque, él y sus compañeros fueron internados en una zona todavía más profunda de la selva, donde quedaron “a la deriva, abandonados”. Pasa salir de allí, las caminatas iniciaban a las 6:00 y acababan a las 18:00.

El desplazamiento fue interrumpido a los dos días, cuando a los captores les comunicaron que los seis plagiados que iban a juntar con ellos fueron asesinados, tras encontrarse de improviso con el Ejército. Aun así, el trayecto se reanudó y continuaron por 12 días más. “Llegamos a un punto y un guerrillero nos dijo ‘parece que los van a liberar a ustedes’. Pero con todo lo que había pasado, uno no sabía si lo iban a matar. La ilusión era salir, pero era una sensación toda rara”, indica Beltrán.

Allá pernoctaron cuatro días, encadenados y amarrados a un árbol. Durante ese periodo, ningún subversivo les explicó qué estaba sucediendo. Al día siguiente uno de los captores les informó que estaban esperando a los seis compañeros que habían dejado atrás para completar el grupo de diez que iban a liberar.

Luego de dividirse en dos partes, los que permanecieron en el campamento inicial fueron informados del compromiso de las Farc de liberarlos a todos. La noticia llegó el 26 de febrero de 2012, fecha del cumpleaños de Luis Arturo Arcia, quien se encontraba entre ellos. Estaban todos reunidos, escuchando radio. “Éramos fanáticos del fútbol, como todo colombiano”, recuerda Arcia. Ese día habían sintonizado un partido entre el Atlético de Madrid y el Barcelona. En el equipo madrileño figuraba Falcao, nunca lo habían visto jugar, pero le hacían fuerza. En poco quedó el gol del delantero colombiano que llegó en la segunda mitad, después de que en el entretiempo anunciaran la entrega total de los secuestrados. “Gritamos, nos abrazamos entre todos”, cuenta Arcia.

Enterados de que iban a salir de la selva, ignoraban cuándo ocurriría. La tarde de un día de marzo de ese año, aproximadamente a las 14:00, comenzaron a caminar. En un cruce de caminos se toparon con otro grupo de guerrilleros. El comandante les dijo “voten lo que no necesitan, ustedes van para la libertad”, rememora César Lasso. “Sin embargo, yo no voté nada, otros compañeros sí, otros no”, añade.

El grupo de seis miembros de la Fuerza Pública se demoró 17 días en reunirse con los demás. “Esos 17 días fueron como 20 años porque había mucha tensión y mucho operativo”, indica Beltrán. Cuando por fin se reencontraron, empezaron a caminar más rápido, durante una semana.

Se detuvieron el 2 de abril, día en que se efectuaría la liberación, poco antes de un río y esperaron que a los subversivos les notificaran sobre el aterrizaje de un helicóptero en la zona de entrega. “El 2 de abril del 2012 fue una fecha en la que, aun siendo el 2 de abril del 2012, no creía uno que iba a salir. Nos dieron las 16:00 todavía encadenados, esperando a que llegara un helicóptero que no llegaba. Pensábamos que era otra de las tantas liberaciones fallidas que habían sucedido antes. Uno pierde ya la esperanza y todo eso”, señala José Libardo Forero.

Al llegar a la orilla, les zafaron los candados con los que aseguraban las cadenas. A Jorge Trujillo, secuestrado en la toma de Puerto Rico, Meta, no le abrió el candado, así que un guerrillero sacó una segueta y se lo cortó del cuello. En ese momento, los militares y policías fueron desencadenados de manera definitiva. “Todo el tiempo desde el 2002 era con cadena al cuello y en pareja. Solo a veces la quitaban para hacerle aseo o darnos cinco minutos de ‘libertad’”, relata Lasso.

Los subieron a una chalupa para trasladarlos por el caño, por el que desembocaron en el río Guaviare. Por radio comenzaron a instruirle a los guerrilleros que aceleraran el paso porque el helicóptero que esperaba a los retenidos se iba a las 18:00 y eran 17:15. La embarcación iba río arriba y no podía avanzar a gran velocidad. Entonces los miembros de la Fuerza Pública tuvieron la reacción de

meter las manos al agua y empujar la chalupa, a pesar de que esta fuera impulsada por un motor.

Finalmente, llegaron al caserío de Mocuaré. Ahí los esperaba la exsenadora Piedad Córdoba, una comisión de la Cruz Roja y un helicóptero de la Fuerza Aérea de Brasil. La exsenadora y algunos funcionarios de la comisión dieron algunas palabras hasta que los policías y militares, ansiosos, dijeron “vámonos, vamos yendo para el helicóptero”, anota Lasso.

Abordaron y la aeronave despegó. Algunos comenzaban a sentir felicidad, otros seguían desconfiados. “Incluso estando en el helicóptero, nosotros no nos hacíamos ninguna ilusión de libertad. El hecho de pisar un pavimento era la única forma de confirmar que ya no estábamos en un suelo verde”, remarca Forero.

Hubo quienes miraron hacia atrás. “Comenzamos a ver cómo quedaban los guerrilleros allá, los que estuvieron por diez años, que eran los que nos ‘cuidaban’. Y pensar que ellos seguían en esa selva, en esa jungla, en esa maraña huyendo, escondiéndose, en su lucha o en su quehacer y en los daños que hacían. Vimos también cómo lloraban algunos, porque en la comunidad también había civiles y yo creo que algunos de esos civiles eran o la mamá, la hermana o familiares de los guerrilleros. Entonces sentí un poco de nostalgia y de tristeza. Yo iba para la libertad y a vivir una nueva realidad. Ellos allá tenían que seguir sufriendo por la vida”, expresa Lasso.

Desde el caserío el helicóptero viajó hasta Villavicencio. Al descender de la aeronave, en el Aeropuerto Vanguardia, pisaron pavimento. Esperaban encontrarse con sus familias, pero los recibió un cuerpo médico. “Le di un abrazo fuerte a la psicóloga. Creo que fue por pasar 13 años sin tener contacto con una mujer. Era también dejar ya lo que habíamos vivido”, narra Lasso.

En el aeropuerto se retiraron un uniforme que les había brindado el grupo insurgente y se pusieron el de sus respectivas instituciones. De ahí pasaron a una habitación contigua donde los esperaban sus familiares. Al verlos, los liberados quedaron conmovidos. “Fue increíble. Uno pensaba en decirles tantas cosas, pero en ese momento solo eran abrazos y llorar. Quedaba uno como en *shock*. Se sentía uno raro, como si estuviera flotando”, declara Beltrán.

Al entrar a la habitación, Lasso no identificó a sus allegados. En parte, esto se debió a que no conocía a una de sus hijas, que nació durante los primeros meses de cautiverio. Además, sus otros hijos habían crecido y su madre y su esposa habían envejecido. “Creo que pasé por el lado de ellos y de pronto ni los reconocí”, afirma. Primero pudo determinar a su madre, quien les mostró a sus hijos. En ese momento, se sumó al griterío y a la felicidad general. Todos juntos se subieron a un avión que los llevó a ellos y a las otras familias reunidas a Bogotá.

La vida en libertad

Con la libertad, los exsecuestrados iniciaron un nuevo capítulo de su vida. Sin embargo, de los 11 entrevistados para este trabajo, solo Ramiro Alexis Ortiz —el que pasó menos tiempo en manos de las Farc- asegura haber superado las secuelas del secuestro. Los demás viven con los rezagos de tres, nueve, diez, doce, trece o catorce años en cautiverio.

Una vez libres, la Fuerza Pública les proporcionó apoyo psicológico durante los primeros dos años y con el tiempo fue disminuyendo. Para algunos, como Raimundo Malagón, fue adecuado. Para la mayoría, en cambio, fue insuficiente. Luis Herlindo Mendieta, por ejemplo, nunca se pudo adaptar a estar constantemente medicado. Al negarse a seguir las prescripciones psiquiátricas, la institución cesó el acompañamiento psicológico que le estaba brindando. Otros sí siguieron el proceso que les indicaron y en todo caso les pareció incompleto. “Al comienzo estuvo bien, pero luego nos dejaron solos. Lo que yo pude observar fue que faltó más atención”, de acuerdo con César Lasso.

En el ámbito laboral, los 11 exsecuestrados continuaron en el Ejército o la Policía Nacional después de la liberación. William Donato, José Vitaliano Sandoval, José Libardo Forero, Ramiro Alexis Ortiz y Raimundo Malagón siguen activos. Los demás se retiraron de la Fuerza Pública, habiendo cumplido con los años de servicio para pensionarse, y se dedican a otras actividades. Erasmo Romero tiene un supermercado en Bogotá. Luis Arturo Arcia y César Lasso trabajan con la Fundación Ágape, que realiza actividades de reconciliación y perdón con víctimas y actores del conflicto armado colombiano. Luis Herlindo Mendieta da conferencias en universidades sobre secuestro y derechos humanos. Luis Alfonso Beltrán se dedica a su hogar y a su familia.

José Miguel Arteaga está en búsqueda de una ocupación, pero se siente discriminado por haber estado en cautiverio. “Si uno va y pasa la hoja de vida, tenemos problemas porque nos miran y dicen ‘pero es que él fue secuestrado, tiene problemas’. Ahí se pregunta uno dónde está el acompañamiento. Estuvo el furor cuando hubo la Operación Jaque, pero en estos momentos, ¿en qué lo emplean a uno? En nada. En una soledad de estas, uno puede volverse otra vez loco, que es lo peligroso. El Estado piensa que le da una pensión y ya queda uno tranquilo, pero la mente de uno tiene que estar ocupada. Después de pasar tantos años secuestrado y estando acá en la casa tanto tiempo sin hacer nada, ¿en qué me pongo a pensar?”, explica Arteaga.

Aun así, los liberados han aprendido a manejar las secuelas del secuestro con el paso del tiempo. No por eso olvidan lo que vivieron y nunca lo harán, afirman. Tampoco logran dormir con placidez todas las noches. Han soñado repetidamente que están a punto de ser secuestrados, que los encadenan en medio de la selva e incluso que van a ser fusilados. A veces sueñan esos episodios en la actualidad.

Superar los traumas que les dejó el cautiverio no ha sido el único reto para volver a la vida en la ciudad. También tuvieron que sortear el desfase de no conocer los cambios de la sociedad, al haber estado incomunicados tantos años. “Con la tecnología fue complicado porque en esa época solo había celulares para llamar y recibir llamadas. Cuando salimos, ya era un computador completo. Esas son cosas sencillas para el común, pero para el caso de uno era tremendo” señala Beltrán. “Todo cambió porque fue estar 14 años quieto y salir nuevamente a la sociedad, donde todo había cambiado. Nosotros estábamos ahí, pero el mundo siguió girando y avanzando”, agrega.

Todo esto ha sido posible gracias a sus familiares, aseguran. Ya sea porque la esposa los despierta cuando están teniendo una pesadilla, porque los hijos les explican cómo manejar las nuevas tecnologías o por la ayuda que les brindaron sus padres, ellos son quienes han estado ahí para apoyarlos. Algunos se casaron después de la liberación e iniciaron una familia, otros volvieron con sus parejas y tuvieron más hijos. Cada vez más se alejan de aquello que, en palabras de Lasso, parece una pesadilla, un sueño o una película.

Referencias

- Botero, J. (2016). Título III, DELITOS CONTRA LA LIBERTAD INDIVIDUAL Y OTRAS GARANTÍAS. *CÓDIGO PENAL COLOMBIANO (LEY 599 DE 2000)*. (p.233). Universidad de Medellín. Recuperado de http://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/legislacion/l_20160208_02.pdf
- Caparrós, M. (2012) Por la crónica. En D. Jaramillo (Ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual* (pp. 607-612). Bogotá, Colombia: Alfaguara.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2009). *Recordar y narrar el conflicto Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Recuperado de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2009/cajadeherramientas/presentacionbaja.pdf>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). *Una verdad secuestrada: cuarenta años de estadísticas de secuestro 1970-2010*. Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2016), *Tomas y ataques guerrilleros (1965-2013)*. Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2019). *Recuerdos de selva: memorias víctimas de secuestro, integrantes de la Fuerza Pública*. Recuperado de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/recuerdos-de-selva/recuerdos-de-selva.pdf>
- Chaparro Roguez, J. C. (2017). *El ocaso de la guerra : La confrontación armada y los procesos de paz en Colombia*. Bogotá, Colombia: Editorial Universidad del Rosario.
- Comité Internacional de la Cruz Roja (6 de diciembre de 2018). *Cinco conflictos armados en Colombia ¿qué está pasando?*. Recuperado de

<https://www.icrc.org/es/document/cinco-conflictos-armados-en-colombia-que-esta-pasando>

Corte Constitucional (1950). III. Convenio de Ginebra del 12 de Agosto de 1949 relativo al trato debido a los prisioneros de guerra. Recuperado de <http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/CONVENIO%20DE%20GINEBRA%20RELATIVO%20AL%20TRATO%20DEBIDO%20A%20LOS%20PRISIONEROS%20DE%20GUERRA.php>

Hernández-Mora, S. (febrero 12 de 2006). Julián Ernesto Guevara, siete años en manos de las FARC. *Diario El Mundo*. Recuperado de <https://www.elmundo.es/elmundo/2006/02/20/obituarios/1140429502.html>

El Tiempo. (03 de julio 2018). Dos décadas y una pregunta: ¿dónde están?. *El Tiempo*. Recuperado en <https://www.eltiempo.com/justicia/investigacion/historias-de-secuestrados-en-colombia-que-desaparecieron-258768>

García, A. [El Informador Santa Marta]. (1 de junio de 2018). *Coronel Raymundo Malagón, rescatado en la Operación Jaque* (Video). Recuperado de <http://www.elinformador.com.co/index.php/general/164-informe-especial/179791-yo-resucite-con-la-operacion-jaque>

López, W. (enero, 2016). Memoria histórica y reconciliación. *Boletín SCEPS*, 7(1), 23-25.

Pearson, Richard D. (2017). Leishmaniasis (leishmaniosis). Manual MSD. Recuperado de https://www.msmanuals.com/es/hogar/infecciones/infecciones-parasitarias/leishmaniasis-leishmaniosis#v14458369_es.

Programa Somos Defensores. (2008). La interlocución Gobierno – ong de derechos humanos durante la administración de Álvaro Uribe Vélez. Programa Somos Defensores (Ed.). *Defender y proteger la vida: la acción de*

los defensores de derechos humanos en colombia (p. 49-52). Bogotá, Colombia: Programa Somos Defensores. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/cinep/20100915103344/defenderyprotegerlavida.pdf>

Ugarriza, J. E., & Pabón, N. (2018). *Militares y guerrillas : la memoria histórica del conflicto armado en Colombia desde los archivos militares, 1958-2016* (Vol. Segunda edición). Bogotá, D.C.: Editorial Universidad del Rosario.

Villoro, J. (22 de enero de 2006) La crónica, ornitorrinco de la prosa. La Nación. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/cultura/la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa-nid773985>.